

**Cide Hamete Benengeli, inventor inventado del Quijote,
y otros historiadores arábigos más o menos invencioneros***

Francisco José Aranda Pérez
(Universidad de Castilla-La Mancha, DeReHis)

No sólo a los filólogos o a cualquier lector avezado sino a todo historiador sorprende el conocimiento y la encarnación que de la realidad ejecuta Miguel de Cervantes, especialmente en su *Ingenioso Hidalgo de la Mancha*.¹ Es tal el grado de su *fidelidad histórica* que son inagotables —a veces por ociosos— los debates sobre los diferentes detalles de su periplo vital, como la localización del famoso *lugar de la Mancha* o el de su propio nacimiento, partida de bautismo arriba, partida de bautismo abajo... No obstante, a estas alturas sería redundante recordar que su obra es una novela, como otras, y que, por tanto, se trata en principio de una *invención*; de la misma manera que por aquel entonces lo eran otras obras pretendidamente científicas, por encontrarse todavía en un estado de conocimientos y metodología de corto recorrido; o, hasta la misma santidad también se *inventaba*.² De lo que no hay duda es de la proverbial vena irónica y juguetona del novelista cervantino,³ que gusta de utilizar el subterfugio de la parodia —ese genial reírse de sí mismo—, en este caso poner como inspirador y muñidor de las peripecias de un disparatado y anacrónico caballero andante a un denostado historiador *infiel*.

Así es, y dejando por ahora si el supuesto autor es o no trasunto de Cervantes (Mancing), el creador del Quijote es el tal Cide Hamete Benengeli (en adelante CHB), escritor de nombre sonoro y francamente significativo. No obstante, comenzaremos realizando un repaso de la figura de este historiador *arábigo* según se nos presenta en su fuente cervantina, pero desde el punto de vista de un historiador de la historia —valga la redundancia—, un historiógrafo modernista, que conoce de primera mano la realidad toledana del momento (Aranda 2006 y 2015). Ello, para después, ejecutar una comparanza de este Benengeli con otros autores e intérpretes árabo-moriscos, y poder observar, en general, la situación de la *historia árabe* en el contexto de una *historia nacional hispánica* que empieza a despuntar en el Renacimiento y el Barroco del Siglo de Oro, y de la que Miguel de Cervantes Saavedra no pudo sustraerse, por mucho que lo pasara por el tamiz de su peculiar visión irónica. Como puede verse, nos acercamos al aspecto morisco del *Quijote* obviando al famoso personaje de Ricote o al caballero don Álvaro Tarfe (que comparte con el apócrifo avellanedino, Carrasco Urgoiti 2007a), y centrándonos en otros moriscos que a través de recreaciones intelectuales quisieron

* *Proyecto Nacional "REFIRE"* del MINECO (referencia HAR2013-45788-C4-3); y *DeReHis*, Grupo de Investigación consolidado en la Universidad de Castilla-La Mancha "De Re Hispanica" (<http://www.derehis.com>) (referencia GI20152909). Agradezco a los investigadores del CSIC Miguel Ángel de Bunes Ibarra y Fernando Rodríguez Mediano sus aportaciones y ánimos para la mejor construcción de este artículo. Dedicado a Martín Moreno Campos, que lucha como un verdadero Quijote.

¹ Bouza, imágenes 1 y 2. En los trámites legales para su aprobación y permisión de imprenta en el Consejo de Castilla, este profesor encontró que ambas cosas se pidieron con dicho título provisional, aunque caben serias dudas de que este fuera no tanto idea de Cervantes como del editor Juan de la Cuesta.

² En efecto, sobre todo desde Trento los requisitos para las beatificaciones y canonizaciones fueron tales que, en muchos aspectos, se podían asemejar a las ingentes pruebas que se levantaban para el ingreso en alguna orden militar de caballería (nobleza) o para pertenecer a la estructura del Santo Oficio de la Inquisición. A este respecto de cómo se elabora una canonización es ejemplar el estudio de Jiménez Monteserín.

³ Que ha relacionado profusamente a Cervantes con Erasmo y el erasmismo, desde Américo Castro (y su *El pensamiento de Cervantes* de 1925) hasta Francisco Márquez Villanueva 1984, sobre el que volveremos.

integrarse anónimamente en el tráfigo de la política y la sociedad hispana de entre los siglos XVI y XVII.

Cide Hamete Benengeli, autor manchego, entre cristiano y morisco.

En el montaje de la historia quijotesca, y con calculada ambigüedad, tendremos que esperar al capítulo IX de la Primera Parte⁴ para que aparezca la mención al factor de la ajetreada historia que ya ha echado a trotar. Se trata, como bien es sabido, de un tal Cide Hamete Benengeli, que muy bien podríamos denominar, en tono vulgarizante, *don Hamid Berenjenero*; con todo, en este capítulo se va a trazar una semblanza de este metapersonaje que va a recorrer toda la obra, consagrándose plenamente en la Segunda Parte. En efecto, después de dejar en suspenso —casi congelar— el aparatoso enfrentamiento entre el hidalgo manchego y el pendenciero vasco-vizcaíno, el ávido lector y aun el narrador no encuentran más texto que leer y se preguntan si no existirían más capítulos de una fábula andante que mereciera ser relatada por algún “sabio”, que, además, supiera sacarle el debido rendimiento artístico. Hasta aquí Cervantes no se desvía un ápice de uno de los lugares comunes de las novelas de caballerías: un buen libro de andanzas caballerescas tenía que proceder de algún manuscrito o códice *antiguo*, esto es, que estuviera en una letra o en una lengua en franco desuso, con evidente pátina de viejo, que por ende necesitaría de un especialista para ser transcrito e incluso traducido. En el caso español-castellano, ese idioma y escritura podría ser muy bien el árabe, amén del latín, aunque este sin duda menos *exótico*. Ese necesario arcaísmo retórico también vendría por el estilo del manuscrito, secamente cronístico, típico de los primeros compases de la vieja historiografía medieval, que por otra parte daría pie al traductor para confeccionar un texto más sabroso.⁵ Así que dicho lector (en los dos sentidos de la palabra) tuvo que aplicarse en buscar lo que faltaba del relato, y gracias al “cielo, el caso y la fortuna” se produjo el hallazgo, casi milagrosamente, siempre de manera tempestiva; no sería la primera vez que aparecerían tan felizmente unos escritos tan codiciados...

Ciñámonos a los *hechos cervantinos* que comienzan: “Estando yo un día en el Alcaná de Toledo,...” (Cervantes 118). El Alcaná de Toledo no fue solo una calle sino uno de los barrios más concurridos y céntricos de la entonces Ciudad Imperial, sobre todo por su carácter comercial. Vendría a ser como un gran zoco o bazar que en la época musulmana de la ciudad (714-1085) ya rodeaba la gran mezquita o aljama, en plena médula del gran cerro por el que se encaramaba la ciudad; como ocurriría en los alhatares o alcaicerías andalusíes (sobre todo sederas) de Sevilla o Granada, por citar casos similares. Con el tiempo, la mezquita sería sustituida por un nuevo y más suntuoso templo catedralicio comenzado en el siglo XIII, que seguiría dando sombra a toda esta zona, que

⁴ Cervantes: 115-122. En adelante, las citas cervantinas las modernizaremos completamente, aunque poco hay que actualizar. Cuando indicamos la Primera Parte, nos referimos al tomo editado en 1605, porque, en puridad, con este capítulo IX se inicia la Segunda Parte (interna) del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. De la misma forma, cuando hablamos de la Segunda Parte, es la publicada en 1615.

⁵ Marín Pina: 898-899. Aparte, el que el “verdadero” autor de la historia pasara a ser un traductor —más o menos *traidor*— permitía “un juego de distanciamientos y perspectivas en relación con la narración y salvaguardarse de las críticas y censuras que pudiera recibir”. Precisamente Marín Pina utiliza como ejemplo y posible antecedente de CHB al *sabio* Xartón, que supuestamente tradujo también del árabe el *Lepolemo* o *El Caballero de la Cruz* (Valencia, 1521, aunque también se editó en Toledo en casa de Luy Pérez en 1563, lo cual lo acerca más a nuestro estudio); para más enrevesamiento, este caballero era hijo del Emperador de Alemania (no por causalidad acababa de obtener dicha dignidad Carlos V de Habsburgo, por lo que estaba el asunto del imperio estaba de actualidad). Al sabio árabe le trasladó su obra al castellano un tal Alonso de Salazar, sedicente cautivo en Túnez, que dedicó la obra al influyente Conde de Saldaña, a la sazón nada menos que un jovencísimo don Diego Hurtado de Mendoza. Por cierto que Salazar califica la lengua original del escrito como “bárbara lengua arábica”, por extranjera, no propia de españoles.

no desfallecería en su función marchante hasta el mismo día de hoy, aunque ahora se dedique al monocultivo del turismo. El tamaño y la vitalidad del Alcaná toledano han servido para medir el pulso económico de la ciudad a lo largo de su historia. No ha sido difícil determinar sus amplios contornos gracias a los estudios arqueológico-urbanísticos de los profesores Delgado y Passini, entre otros. Eran un conjunto de calles bastante anchas y rectilíneas (para lo que era el trazado sinuoso de la urbe islámica), llenas de estrechas tiendas a pie de calle, que bien podían abarcar las actuales calles Ancha (o Comercio), Plaza del Solarejo, de la Ropería, Cordonerías, Cuatro Calles, Tornerías, Martín Gamero, Hombre de Palo, Trinidad, Granada, Calle y Cuesta de la Sal, Nuncio Viejo, Callejón del Fraile, Chapinería y demás aledaños, en donde tuvieron su asiento varios de los especializados gremios de la ciudad. Además, dicho Alcaná se encontraba próximo a los grandes centros de abastecimiento alimenticio como lo eran la Plaza de Zocodover y la Plaza Mayor. Sin embargo, se destruyó una gran porción del barrio para levantar el gran claustro catedralicio a finales del siglo XIV, aprovechando también la devastación provocada por algunos incendios, intencionados o no. Hasta la Edad Moderna, en este Alcaná pululaban no sólo mercaderes cristianos (algunos mozárabes autóctonos) sino sobre todo judíos (pues allí estaba radicada la *Judería Menor*, aunque cada vez estuvieron más perseguidos desde 1355 y 1391 hasta su expulsión en 1492) y mudéjares, después moriscos. En la época de Cervantes, y a la que él se referiría, se conocía como propiamente Alcaná su parte alta, la Alcaná Nueva, entre las calles Cordonerías, Ancha y Chapinería, para distinguirla de la cada vez más lánguida Alcaná Vieja, que había sido seriamente arrumbada por la Catedral y los pogromos antijudíos. Además, y no es detalle baladí, el cura Luis Hurtado de Toledo, en las *Relaciones Topográficas* relativas a la capital del reino toledano, atestigua que para 1576 la Chapinería, amén de zapateros, chapineros y borceguineros, tenía —escuetamente— “libreros e impresores”; de la misma manera indica que justo al lado de esta calle descendente se situaba la alcaicería toledana, que como ya hemos indicado, era el lugar preferido por los mercaderes de la seda, al estar además el comercio sedero sometido a unas leyes especialmente protegidas por la monarquía (Viñas-Paz 575). Por tanto, y a falta de una mención más explícita, podemos situar el episodio del descubrimiento del manuscrito quijotesco en esta calle de la Chapinería que desde las Cuatro Calles baja hacia la Puerta del Reloj de la Catedral, también por lo que a continuación seguiremos comentando. Con todo, el propio Cervantes, asiduo visitante de la ciudad, vecina y madre de la Corte, no se resistiría a visitar sus, por desgracia, menguantes librerías.

Prosigue: “... llegó un muchacho a vender unos *cartapacios y papeles viejos* a un *sedero*; ...”. El chico, que intentaría ganarse la vida o complementar los ingresos familiares como traperero,⁶ se propondría buscar a un rico mercader de sedas⁷ de la Alcaicería para colocarle su mercancía. Indudablemente las materias escriptóreas viejas, de membrana (pergamino) o papel, eran profusamente reusadas o recicladas, tal como nos gusta decir hoy en día, en piezas o pliegos y se podían volver a destinar a multitud de usos: para la confección de más papel o para la obtención de más pergamino (raspándolo); para encuadernaciones (singularmente las pieles); para envolver o empaquetar compras;

⁶ El mercado de papel de *segunda mano* era incluso más amplio que el del papel nuevo, como en general casi todos los bienes en una economía que todavía no era de consumo. Hay que recordar que el papel antiguo se elaboraba de la pasta de trapos viejos, por lo que hasta no hace mucho, de reciclar el papel descartado se encargaban los traperos.

⁷ Es proverbial la riqueza del comercio de la seda en el Toledo moderno, como atestigua, entre otros, el mismo Cervantes, que destaca como lo mejor de Toledo sus mercaderes sederos y sus canónigos. Sería prolijo aquí glosar la importancia estratégica de este sector económico y sus conexiones sobre todo con el levante español y las ferias medinenses, con gran movimiento de “industria y acarreo” como diría Hurtado de Toledo. Véase al respecto Santos Vaquero.

incluso para calefacción o confección de pirotecnia (esto es, para el fuego); etcétera. Aunque, como en seguida veremos, no debemos descartar que a determinadas personas le pudiera interesar la lectura incluso de papelotes manoseados. No sería difícil imaginar que un diletante curiosara por los papeles que se iban a revender: "... y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y vile con *caracteres* que conocí ser *arábigos*". Nos acercamos al pleno cumplimiento del tópico del encuentro del escrito antiguo para lo cual sería necesario el concurso de un traductor morisco: "Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si aparecía por allí algún *morisco aljamiado* que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua le hallara". Esta es una declaración expresa de la poliglotía que había caracterizado a Toledo desde la medievalidad; o, en concreto, un homenaje a la memorable *Escuela de Traductores* que arrancó en el décimo tercer siglo (con algún antecedente), que llegó a su culminación con el toledano rey Alfonso X el Sabio, y que intercambió el castellano con el latín, el árabe, el griego y el hebreo. Por lo demás, era de esperar que en el Toledo de finales de siglo XVI y todavía en los principios del XVII fuera frecuente la vecindad de los moriscos, algunos ya viejos, procedentes de las más o menos paulatinas conversiones de los mudéjares medievales desde finales del siglo XV; otros más recientes, engrosados por las deportaciones derivadas de la Rebelión de las Alpujarras desde 1570, cuando afluyeron al reino toledano y sus alrededores seis mil nuevos moriscos (según el redondeo de cifras de Domínguez Ortiz-Vincent 52; *cfr.* Magán-Sánchez González); una minoría copiosa — la *minoría* por excelencia—, todavía no completamente asimilada y, por tanto, perfectamente reconocible en lo exterior (no así los conversos de judío, casi totalmente mimetizados con el paisaje social a esas alturas). Por eso no era de extrañar que en el entorno toledano tardara poco en toparse con alguno de estos moriscos que, lógicamente, dominaban respectivamente el castellano y un árabe aljamiado algo degradado, aunque esta última lengua cada vez menos: "En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el *libro* en las manos, le abrió por medio, y, leyendo un poco en él, se comenzó a reír". Los papeles y cartapacios citados se convierten ya en un volumen más o menos coherente, que causó la alegría del que empezaba a traducirlo gracias a un útil atajo, esto es, por "una cosa... escrita en el margen por anotación"; lo cual indicaba que se trataba de un manuscrito ya trabajado, leído con probabilidad en más de una ocasión, pues quedaban los testimonios de unas notas marginales que buscaban informar a futuros lectores. Precisamente el comentario vertido no dejaba de ser jocoso pues hablaba de la famosa Dulcinea del Toboso como la más experta chacinera (mañosa en "salar puercos") de La Mancha, y, consecuentemente, con pocas proporciones para ser una dama encantadora de caballeros. La alusión al cerdo también entra dentro del constante sarcasmo de la trama, pues es sabido que era un animal un tanto comprometido (prohibido) para los descendientes de Sara y de Agar. La cuestión es que el autor o bi-autor del Quijote había dado con la continuación de la narración que quería desarrollar pues su inicio rezaba: "*Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador árabe*". Es curiosa aquí la concomitancia de lo que entonces se llamaba *historia* e *historiador*, que nosotros hoy denominaríamos *novela* y *escritor*. Por aquel entonces los límites de la historia, de la historiografía y de la literatura de creación se mostraban bastante difusos o todavía no deslindados entre el cientificismo o la veracidad y la fantasía (Aranda 2014). Lo cierto es que este libro de caballerías quijotesco había dado con su extravagante autor árabe y desde ese punto de la narración no iba a soltarlo. A continuación, el autor (Cervantes —o quien fuera—) tuvo que recurrir a la práctica habitual del *regateo*, la discusión del precio preceptiva a toda transacción

comercial que no estuviera sometida a una tasa oficial, como ocurría con géneros de primera necesidad. El papel viejo no lo era, así que el comprador, disimulando su enorme deseo, birlando la mercancía a su primer destinatario (el sedero) y aprovechándose de que el muchacho no tenía ni idea de lo que se traía entre manos, compró los papeles por medio real de plata (17 maravedís que se acuñaban en una pieza), la mitad de la soldada diaria de un jornalero o con lo que se podía gratificar a un presbítero por decir (no cantar) una misa; de hecho, según propia confesión, se ahorró hasta cinco reales y medio, y, desde luego, le salió mucho más barato que comprar un libro impreso nuevo, que para los estándares de entonces resultaba un producto caro. Y también se llevaba al colete un original del rimbombante Cide Hamete Benengeli, esto es, el señor (*sidi-çid-cid*) Hamid Berenjenero o Aberenjenado, que también puede hacer alusión a la típica delicia mora de las berenjenas encurtidas;⁸ aunque también podría ser que aprovechara la proximidad consonántica “n-r” para componer el típico apellido árabe iniciado por el sufijo “Ben” (*ibn*-hijo de): Ben Engeli (¿Angeli?). O puede ser que, sencillamente, a los toledanos, amén de llamarlos *bolos* (*bolonios*) también se les apelaba despectivamente como *berenjeneros*. Por su parte, Hamete, aparte del Hamid (*Agradecido*) también tiene varias resonancias: desde ser una de las muchas variantes del nombre de Mahoma (Mahomet, Hamet, Ahmad, Amete), hasta una acepción de jamete como tejido fino de seda.⁹

Ya con la *opera prima* obrando en su poder: “Aparteme luego con el morisco por el claustro de la Iglesia Mayor, ...”. Hace nada comentamos que para la construcción del gran claustro de la Catedral (llamada comúnmente *Santa Iglesia* o *Iglesia Mayor*) por parte del Arzobispo don Pedro Tenorio, se había tenido que demoler una gran parte del Alcaná primitivo, allanando para ello toda una desnivelada ladera, como actualmente se ve por la calle Arco de Palacio. Dicho claustro no estaba lejos de la mencionada Chapinería y tenía tres accesos posibles: bien entrando a la Catedral por la Puerta del Reloj (o de la Chapinería, o de las Ollas, por sus relieves) y saliendo a su vez a mano derecha por la Puerta de Santa Catalina a una esquina del claustro; bien cerca del Callejón del Fraile, por la actual Calle de Hombre de Palo, por un pequeño acceso que sube a la parte alta del claustro o baja a su parte baja cabe la Capilla de San Blas (enterramiento del dicho arzobispo Tenorio); o bien dando toda la vuelta, por la llamada Puerta del Mollete, bajo el Arco (Pasadizo) de Palacio, frente al Palacio Arzobispal (Almagro Gorbea y otros). Por otra parte, en la actualidad, percibimos la Catedral de Toledo como una gran mole arquitectónica impenetrable, con acceso restringido a algunos actos

⁸ Hoy en día siguen siendo famosas las berenjenas de Almagro, en la actual provincia de Ciudad Real, en aquel momento capital del Campo de Calatrava, contiguo a los Campos de San Juan, Montiel y a la Mancha, aunque hoy confundimos todos estos lugares en una amalgama manchega. De todas formas, el gusto por las berenjenas era mucho más general. Por cierto, que Almagro, como su mismo nombre indica, fue famosa por sus aljamas (comunidades, guetos) de judíos y moros y por sus comunidades de conversos y moriscos. Nos remitimos a Moreno Díaz del Campo (61-66). Por otra parte, el hispanista egipcio Makki ha hecho derivar Benengeli del catalán Berenguer, lo cual no es disparatado ya que desde la época de la conquista y repoblación cristiana de La Mancha Oriental participaron numerosos elementos catalano-aragoneses (de ahí la denominación de La Mancha de Montearagón). Otros autores, ya desde el XIX, hicieron derivar Benengeli de “Ibn al-ayyil”, esto es, “hijo del ciervo”, por lo que se cerraría en círculo en torno a “Cervantes”, aunque de una manera demasiado perfecta...

⁹ Hay otro Jamete famoso, el escultor renacentista Étienne Jamet, Esteban Jamete para los españoles (1515-1565), autor, entre otras cosas, de un bellissimo arco en el crucero de la catedral de Cuenca, que comunica con su claustro; no obstante, este Jamete viene del francés y no del árabe. Por lo demás, participo en todas estas elucubraciones onomásticas siendo consciente de mi nulo conocimiento de la lengua árabe, aunque quizá haya que mirar en el mismo contexto castellano en donde se recrea lo que tampoco se conoce muy bien. Por su parte, Cervantes tenía que saber algo del árabe por sus peripecias personales (*cfr.* Garcés), no así su público, por mucho que el español esté cuajado de arabismos como muestra, por ejemplo, el *Tesoro de la Lengua Castellana* de Sebastián de Horozco Covarrubias de 1611. Por esta razón, en un momento determinado el popular Sancho Panza habla de Cide Hamete *Berenjena* (Cervantes 703).

litúrgicos, a visitas museo-turísticas o a algunas actividades culturales, sobre todo musicales. Pero en el periodo medieval, como todavía en el moderno (y prácticamente hasta el siglo XXI), la Catedral era un lugar de encuentro y tránsito de las gentes. Los indígenas y forasteros atajaban por sus naves o bien quedaban en el claustro o en sus puertas para multitud de negocios, sobre todo cuando el tiempo atmosférico era inclemente. En verdad, la catedral toledana y especialmente su claustro era una lonja a la vez que un centro cívico, sin olvidar, por supuesto, su primordial significación religiosa como *domus Dei* y también casa de *Nuestra Señora*, pues a la Virgen estaba dedicada por el milagro de la Imposición de la Casulla a San Ildefonso e incluso antes; de la misma manera así había sido cuando en vez de catedral había una mezquita-aljama, también con su patio, o como ocurría con el resto de los templos de la ciudad, especialmente los parroquiales. Por todo ello no debe sorprendernos lo más mínimo que se retiraran al claustro de la catedral, un sitio muy a propósito para examinar con algo más de detenimiento los escritos de Benengeli.¹⁰ Pero hay una sugerencia más en esta elección de la protección de la Catedral, axiomático *Templo de Salomón* de la sabiduría: no sólo brindaba sus imponentes instalaciones para multitud de actividades sino que en sí misma era un centro cultural de primer orden. En efecto, la Catedral (como las madrazas musulmanas cercanas a las mezquitas) albergaba una Escuela o Estudio para clérigos (González Ruiz), que con el tiempo no dejaría de desarrollarse en Real y Pontificia Universidad (Martín López). Todo ello se tradujo en una más que notable Biblioteca y Archivo Capitular (sita en el Claustro Superior y anexos) que contaba entre sus fondos una importante colección de documentos mozárabes, esto es, escritos en árabe (González Palencia). No podía concebirse un entorno más estimulante para acometer esa traducción: “... y rogueme me *volviese* aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentose con dos arrobas [23 kilos] de [uvas] pasas y dos fanegas [unos 111 litros] de trigo”. Con este pago en especie, típico en la condición campesina de la mayor parte de los moriscos, se pone al descubierto uno de sus tipismos gastronómicos, el alculcuz o cuscús, una sémola a la que se podían añadir multitud de otros ingredientes. Aún con las medidas propias de Toledo, de este pago podían salir bastantes raciones, que en la práctica suponía pagar la manutención del traductor durante el tiempo que durase su trabajo. Quería tener contento al intérprete pero asegurarse también de la calidad de su trabajo: “... y prometió de traducirlos *bien y fielmente* [a la manera de los notarios] y con mucha brevedad. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, lo traje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere”. Alimentación y alojamiento, habría que añadir, también por razones de seguridad, por no desprenderse del manuscrito; aunque lo más significativo es que si habla de *su casa*, el hipotético autor se confiesa vecino o, al menos, morador estable de Toledo, pues tiene casa poblada o vivía de asiento en la ciudad, como para alojar a un extraño durante un lapso considerable.

¹⁰ En Cervantes 858 (II, XIX), Sancho indicaba que no podía hablar correctamente pues “no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca”. A continuación indica, hablando en contraste del sayagués (un dialecto propio de la zona de Sayago, entre Salamanca y Zamora) que el patrón lingüístico castellano es el “toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto de hablar pulido”. A lo que replica un estudiante de licenciatura en derecho —y por lo que viene al caso aquí—: “porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover *como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia Mayor*, y todos son toledanos”. O sea, que el Claustro de la Catedral de Toledo era, para entenderse, escuela del buen hablar, casi para ejercitar la conversación a niveles cortesanos. En materia de lengua, Cervantes gustaba de conocer el habla más limada y la peor jerigonza, que no sólo andaba por Toledo sino también por Sevilla (por las Atarazanas del Guadalquivir o por el Patio de Monipodio).

Por lo demás, resultaba que el manuscrito estaba también *historiado*, iluminado o con grabados, lo cual puede resultar algo excepcional tratándose de un texto árabe, y que precisamente representaba en su primera ilustración el momento en el que don Quijote y el vizcaíno habían dejado las espadas en alto al final de la primera parte. Sorprende que la refriega estuviera “pintada muy al natural”, tan realista y hábilmente ejecutada hasta tal punto que podía apreciarse que la mula del vizcaíno era un penco de alquiler que podía igualarse al perjudicado Rocinante que también estaba “maravillosamente pintado”; otra chacota del autor para añadir más *gloria* a la historia, por mucho que bautizara al vasco con el campanudo nombre de don Sancho de Azpeitia, vinculándolo así al señorío de Guipúzcoa. También estaban delineados don Quijote y Sancho Panza, resaltando en este su aspecto barrigón y retaco pero zancudo. Empero todos estos detalles ilustrados no hacían “al caso a la verdadera relación de la historia, que *ninguna es mala como sea verdadera*”.

A este respecto se añade otro detalle trascendental: “Si a ésta [historia] se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su *autor arábigo*, siendo muy propio de los de aquella nación ser *mentirosos*; aunque por ser tan nuestros *enemigos*, antes se puede entender haber quedado faltar en ella que demasiado”. Aquí el prejuicio antiislámico, fuera moro, árabe u otomano, justificado o no (Bunes 1983). Vestigios de una larga rivalidad, primero en la misma península Ibérica (en la llamada *Reconquista*, incluso *Cruzada*), después en el Mediterráneo, contra el próximo oriente turco y el Magreb norteafricano; rencor por una mutua violencia militar y pirática sin cuartel. No obstante y como venimos percibiendo, el autor quijotesco aprovecha para introducir una reflexión sobre la verdad de los relatos, de la historia y de las *historias*, algo que ya estaba en el ánimo de los escritores de la Antigüedad y que resucitaría con el Humanismo. Y es que se empezaba a ver con suspicacia aquello de torcer la verdad llevado por intereses en mayor o en menor medida personales, o, en todo caso, alejándose del bien común. A continuación viene uno de los párrafos más citados y comentados del Quijote que han hecho suyos tantos historiadores:

Y así me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser *los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir*.¹¹

Cerramos con otra de las definiciones geniales de Miguel de Cervantes, en este caso sobre el valor de la historia, que en este caso mezcla las visiones tradicionales de la misma como *magistra vitae* ciceroniana, como centón de ejemplos y experiencias para la gestión del presente, con las más avanzadas de *arma de futuro*, tan al gusto de cierta historiografía contemporánea. Empero, la conseja no sólo afectaba a la ciencia sino al científico, al historiador, del que propone un comportamiento moral, riguroso con la realidad y no llevado por las anteojeras del miedo, el odio o la amistad: una historia desapasionada y fiable.

¹¹ Cervantes 121. Después de dedica la siguiente lindeza antes de comenzar el relato (la traducción) de la segunda parte: “En esta sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo [perro] de su autor [musulmán], antes que por falta del sujeto”. Esta segunda parte llegará hasta el capítulo XIV.

Hasta aquí llega el pasaje que introduce al autor arábigo, CHB, en la urdimbre del Quijote. Desde luego que no será la última vez que se mencione su intervención. En el resto de la novela se le sigue tildando de “sabio” (Cervantes 173), “historiador muy curioso y puntual en todas las cosas”,¹² “*autor arábigo y manchego* en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia” (Cervantes 257), el que proporcionó la historia al segundo autor “curioso” aunque con prevenciones,¹³ etcétera; aunque el giro más usual, sobre todo porque con él comienza la Segunda Parte es el de “*Cuenta Cide Hamete Benengeli...*”. Así las cosas, Cervantes sigue reflexionando sobre el *oficio de historiar* a través de CHB, cuando, por ejemplo, cuestiona él mismo la verosimilitud de lo narrado en las típicas anotaciones marginales, que es importante reproducir:

Dice el que tradujo esta grande historia del *original* de la que escribió su primer autor CHB, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen de él estaban escritas *de mano* del mismo Hamete estas mismas razones: “No me puede dar a entender ni me puedo persuadir que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido *contingibles y verosímiles*, pero ésta de esta cueva *no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera*, por ir tan fuera de los *términos razonables*. Pues pensar que don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible, que no dijera él una mentira si le asaetearan. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que *no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates*; y si esta aventura parece *apócrifa*, yo no tengo la culpa, y, así, *sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo*. Tú, lector pues eres *prudente*, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más, puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retractó de ella y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias”. (Cervantes 904-905)

Este párrafo parece más bien un prólogo al lector, en forma de *captatio benevolentiae*, que principiaba cualquier obra; de hecho se sitúa al principio de un capítulo (II, XXIV). Aparte de seguir adelante con el juego de la metaficción, el autor (ya no sabemos si el primero, el segundo o el tercero) acomete la *razonabilidad* como principio de la credibilidad de la historia/Historia; y hasta previamente introduce un criterio historicista como el afirmar que está siguiendo un original, de puño y letra del escritor. La contrapartida, el exceso de desatinos, es la consideración de la falsedad, de que lo descrito es postizo por ficticio. A la postre, queda el supremo e inapelable juicio

¹² Cervantes 186-187. En este capítulo XVI, dedicado al suceso en una venta con Maritornes y un arriero, se comenta de este que “era uno de los ricos arrieros de Arévalo” “(Ávila) y al parecer, por los puntuales detalles que daba CHB podía ser “algo pariente suyo”. No era infrecuente encontrar entre los arrieros algunos moriscos. Añade otro reflexión interesante sobre CHB: “... y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, ya por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra”. Amén de la cavilación, sigue la zumba cervantina.

¹³ Cervantes 704-705. Estamos ya en la Segunda Parte donde es evidente la desconfianza hacia el “falso” Quijote de Fernández de Avellaneda. Por eso, en el pensamiento de don Quijote “desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide, y de los moros *no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas*”; aunque luego se recompone y añade: “Bien haya CHB, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebién haya el *curioso* que tuvo cuidado de hacerlas traducir de[l] arábigo en nuestro vulgar castellano, *para universal entretenimiento de las gentes*”.

del lector o receptor de la historia, que puede aceptar lo simulado para continuar con el entretenimiento o rechazar la invención como nula o irrelevante. La misma preocupación por la verdad le lleva en otro pasaje incluso a jurar.¹⁴ O, una vez más, se muestra puntilloso: “por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas [minucias] de ella, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase a luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a las táticas [objeciones], aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta”.¹⁵ Lo cierto es que, rizando el rizo, también se advierte del peligro que entrañan las traducciones, que al margen de ser más o menos fieles al original, añaden cosas de la cosecha del traductor, que pueden enriquecer pero también menoscabar la concepción de la obra.¹⁶

Después del análisis concienzudo del texto quijotesco caben otras consideraciones ambientales, de contexto. En primer lugar cabría preguntarnos si en la ciudad de Toledo, a la que Cervantes y otros escritores continuamente homenajearon, había un ambiente propicio para invenciones sobre caballerías. Así fue, y amén de que Toledo se estaba convirtiendo en sí misma en un mito urbano (Aranda, 2006 y 2012), fue un notable centro de edición de novelas de caballerías, no grande pero sí destacable en el modesto panorama de la imprenta española.¹⁷ Y ello sin comentar que era una ciudad tan *política*, tan llena de ingenios eclesiásticos y seculares, de autores sabedores “de todas ciencias”, en torno a prestigiosas instituciones de las que ya hemos hablado (Capítulo Catedral, Universidad), a la que habría que sumar otras comunidades religiosas (en especial los Dominicos de San Pedro Mártir), el Ayuntamiento, algunas academias literarias más o menos informales, las justas poéticas, el teatro (destacando los autos sacramentales), etcétera. Sería largo ahora glosar detalles de todos estos entornos culturales, pero de lo que no hay duda es que Toledo podía estimular la imaginación y la producción literaria como pocos lugares; si no, que se lo pregunten al mismo Cervantes que volvió aquí en su *Persiles y Sigismunda*, a Gracián (*El Criticón*) o a Tirso de Molina (*Los Cigarrales de Toledo*) y un largo florilegio de dramaturgos.

Asimismo, está fuera de toda duda el *orientalismo* de Toledo, tan traído y llevado desde el maestro Américo Castro. Semitismo por supuesto de judíos, al ser *Toledoth* la capital de la *Sefarad* hispana; pero también islamización profunda (*Tulaytula*) por un largo dominio de más de cuatro siglos y una luenga estela cultural de mozárabes, de

¹⁴ Cervantes 934 (II, XXVII): “Entra Cide Hamete, cronista de esta gran historia, con estas palabras en este capítulo: “Juro como católico cristiano...”. A lo que su traductor dice que el jurar CHB como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano, cuando jura, jura o debe jurar verdad y decirla en lo que dijere, así él la decía como si jurara como cristiano católico en lo que quería escribir de don Quijote... “ Con la broma de siempre, se refiere a la identidad de maese Pedro el retablista y su mono (que muchos ven como *alter ego* de Cervantes).

¹⁵ Cervantes 1037. En otra parte (Cervantes 1130) se le vuelve a llamar a CHB “puntualísimo escudriñador de los átomos de esta verdadera historia”. Por último (1235) se le denomina “flor de los historiadores”.

¹⁶ Cervantes 1069-1070 (II, XLIV): “Dicen que en el propio original de esta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él lo había escrito, que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar de él y de Sancho, sin osar extenderse a otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenido al entendimiento, la mano y la pluma a escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo insoportable [insufrible], cuyo fruto no redundaba en el de su autor... pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir”. Un poco más adelante (Cervantes 1075) CHB hace un elogio a la pobreza como virtud cristiana, lo cual contribuye, precisamente a cristianizar a este moro; y es que en el Quijote todos los personajes evolucionan.

¹⁷ Cfr. Aranda-Martín López. En el capítulo 6, elaborado por Inmaculada García-Cervigón, nos ofrece la cifra de que entre 1515 y 1580 se imprimieron en Toledo 23 ediciones del género caballeresco, doce de ellas *princeps*. Fue la temática que más se prodigó tras los inevitables libros religiosos y devocionales.

mudéjares y, por último, de moriscos, viejos y nuevos. De la misma forma viene al caso la existencia jurídica del extenso Reino de Toledo, al que también se sobreponía la formidable archidiócesis toledana, llevando sus confines desde el Sistema Central, parte de la Extremadura leonesa, Levante (hasta los reinos de Valencia y Murcia) y lamiendo algo más allá de Sierra Morena... El origen de este reino central en la Corona de Castilla no es otro que la amplia Marca Media del Califato cordobés y su sucesor, uno de los preponderantes reinos Taifas. Por ello, podemos considerar que Toledo también ejercía un fuerte influjo político —también socioeconómico— sobre las comarcas que hoy consideramos manchegas y en donde tiene lugar la mayor parte de la acción del *Quijote*. Así, no es de extrañar que se fuera a buscar al muñidor de la historia a la que ya se llamaba, con visos legendarios, *Ciudad Imperial*, y era tenida como capital espiritual de España. Que Toledo daba pie para mucho, lo muestra que el pseudo-autor, Fernández de Avellaneda (capítulo XXXVI) reservara para su *Quijote* un *final toledano*, precisamente en uno de los pocos establecimientos que existían para dementes en todo el reino, el célebre Hospital del Nuncio, mostrando que este Avellaneda también estaba familiarizado con la ciudad; de hecho, el edificio todavía existe y acaba de ser rehabilitado. Desafortunadamente, este desenlace sirvió a Cervantes de revulsivo, y apartó a su Quijote de los términos toledanos en su segunda parte.

De todas formas, y es en lo que vamos a insistir en el segundo apartado, hay otra conexión que queremos resaltar entre la obra de Cervantes y la polémica historiográfica —incluso arqueológica— suscitada en España por la historia morisca, o de los autores arábigos. Hubo otros CHBs pero de carne y hueso, que intentaron reivindicar la civilización hispanomusulmana ya entonces, en pleno siglo XVI, cuando empezó a arreciar el estigma social contra todo lo morisco.

A vueltas con los historiadores moros y las historias de la *Pérdida de España*; o, quizá, la consunción del *Arabismo Cristiano*.

Desde la Edad Media, y sobre todo en el siglo XVI, se estaba trabajosamente dando a luz una *historia oficial* de España, sobre todo en exaltación y apología a la Austriaca Monarquía Hispánica, cuando no alentada por la misma.¹⁸ Era una historia que por sus intereses podía poner en solfa el principio arquetípico de la verdad y sustituirlo por el de la *simulación*. Había que crear un discurso *coherente* con el orgullo imperial del presente y con los deseos de conservación y aumento para el futuro inmediato; o, más bien, *reconstruirlo* con las, a menudo, pobres herramientas heurísticas de las que se disponía. Vamos a verlo con un caso que conocemos bien, el del historiador toledano Francisco de Pisa (Aranda 2015).

Pisa era catedrático en el Colegio de Santa Catalina y clérigo mozárabe en la correspondiente Capilla de la Catedral; paradójicamente, como descendiente de conversos de judío, sólo pudo acceder a este cargo y no pudo alcanzar ninguna parroquia o canonjía importante. Gran erudito, seguidor del jesuita Juan de Mariana entre otros, publicó en 1605 una, puede decirse, historia oficiosa de Toledo, que quería adherirse en todo a las historias de España, reclamando para su ciudad el corazón y la primacía del alma hispana (Pisa). Había *a priori* dos asuntos espinosos que afectaban a dos cuestiones cruciales: la lealtad a la monarquía castellana/española y la religiosidad o el cristianismo

¹⁸ Cfr. Kagan 2010: introducción. Este avezado hispanista se centra en la creación de la figura institucional de *Cronista Real*, que ni mucho menos era privativa de los españoles: hasta los turcos-otomanos la potenciaron. Junto a esta figura fue inevitable la manipulación a veces torticera de las fuentes y documentos, manuscritos e impresos (que incluso se llegaron a esconder o destruir), la *reescritura*, la restricción de las patentes de historiador, etc.

de los toledanos desde las primeras etapas. Para lo primero, era complicado pasar por los episodios de repetidas rebeldías de los siglos XIV y XV y sobre todo por el levantamiento de las Comunidades en 1520-22; de los mismos se responsabilizó a unos cabecillas que actuaron en su nombre y por su ambición. En cuanto al cristianismo, se pugnaba por que su venida fuera lo más cercana posible a la misma figura histórica de Jesucristo y sus apóstoles e inmediatos sucesores-discípulos. Empero, no se podía pasar por alto el largo intervalo musulmán, que puso a dura prueba la probidad del cristianismo español. Como se ha insinuado antes, Al-Andalus, la España musulmana, era la *anti-España*, hasta el punto que la irrupción de los islamitas supuso la *Destrucción*, la *Pérdida de España*. Con todo, no era sólo un problema de prejuicio sino también el no disponer de fuentes que ilustraran este largo interregno —nunca mejor dicho en cuanto a lo político del asunto—; así, en el elenco de autoridades de la obra de Pisa sólo aparece citado “Rasis, árabe”, entre una miríada de autores cristianos (la mayoría clérigos) medievales y modernos.¹⁹ Además, el rechazo ya no es sólo “ideológico” sino también “estético”, en lo que hace al enrevesado urbanismo que la morisma dejó en la ciudad frente a las nuevas ideas racionalistas del Renacimiento (Pisa 26r. y v.; 126 r. y v.). Las listas de gobernantes civiles y eclesiásticos se suceden, pero los primeros quedan interrumpidos, por ilegitimidad, en el periodo agareno, a pesar del emirato, del califato y del reino taifa que mediaron; máxime cuando se reconoce a los paganos emperadores romanos, aunque bajo su égida vino el cristianismo, y a los arrianos visigodos, que se terminaron convirtiendo al catolicismo y que inauguraron la *España conciliar* (altas reuniones de reyes y obispos); no hace falta decir que era este un modelo que bien podría agradar a la Reforma Tridentina en plena implantación. De todas formas llegamos a comienzos del siglo VIII con algo que va a ser un lugar común previo a toda invasión de origen islámico (incluida la amenaza otomana muchos siglos después: Kagan, 2005): los (malos) pronósticos que se desencadenan especialmente cuando la monarquía, aunque sea cristiana, se depravó, como había ocurrido con Witiza y Rodrigo (Pisa, II, XXXI). Dicho infausto augurio, permitido por la Providencia, tuvo lugar en la mítica cueva, torre o palacio aherrajados que algunos identificaron con Hércules (no así Pisa), en donde se anunció la irrupción musulímica; por cierto, que aquí Pisa se basa en otra fuente que no cita pero que recoge fielmente, la del “alcaide Tarif”, que no es otro que nuestro Miguel de Luna sobre el que hablaremos mucho.²⁰ El segundo tópico es la leyenda de la violación de Florinda o de La Cava (“la prostituta”), hija del conde don Julián, gobernador de Ceuta y que tenía la llave

¹⁹ Se trata de Ahmed ibn Muhammad al-Razi al-Tarijī (“El Cronista”, 887-955), historiador andalusí bajo Abderramán III, conocido entre los historiadores posteriores como “el moro Rasis”, y su obra como la “Crónica del moro Rasis” que fue traslado de sus *Noticias [historia] de los reyes de Al-Andalus*, una descripción geográfica e histórica que arrancaba en el periodo preislámico, con el rey goda don Rodrigo, y que se cultivó profusamente en el siglo XV tanto en Castilla como en Portugal. Precisamente de lo que también se llamó *Crónica Sarracina*, se conservaba (y conserva) una copia manuscrita del siglo XVI en la Biblioteca Capitular de Toledo que muy bien pudo consultar Pisa. Partes de dicha crónica se incluyeron en la obra de Pedro de Corral, traducidas de un manuscrito portugués (*Crónica do mouro Rasis* de Gil Pérez), que analizaremos al final de este artículo. De la obra de Rasis no se conserva ningún original ni copia en árabe (o en portugués), aunque existe una buena edición moderna (Rasis). Sobre él ver Pons Boigues 62-66, número 23.

²⁰ Pisa: 120v.: En este caso el presagio era “... un lienzo pintado con muchas figuras de hombres con los rostros y traje de que entonces usaban los alárabes, cubiertas las cabezas con lienzos y vestidos de varios colores, sobre sus caballos, con espadas y ballestas y pendones en las manos levantados en alto, y a la redonda de este lienzo había unas letras latinas que decían que al tiempo que aquellas cerraduras fuesen quebradas y abierto el palacio y arca, habían de entrar en España y señorearse de ella unas gentes semejantes”. Después comenta: “Lo que se puede tener por más cierto es lo que escribe el alcaide Tarif, moro, en una historia de la pérdida de España que anda traducida en lengua castellana, en la cual cuenta cosas muy particulares de esta pérdida, siendo de muchas de ellas testigo de vista y de otras tuvo buena relación y papeles”.

de entrada a la Península, que viene a reforzar lo de la degeneración de la realeza (Pisa II, XXXII). De cualquier forma, siempre se introduce una reflexión casi filosófico-moral de qué causas motivaron el castigo de la *destrucción de España* (Pisa II, XXXIV). Lo cierto es que para el 714 los moros se habían apoderado violentamente de Toledo, corazón o riñón de España, no sin antes haber puesto los cristianos a buen recaudo sus santas reliquias identitarias en el indómito norte astur. En esta conquista se aprovechó para alimentar el antisemitismo acusando a los judíos de connivencia con los musulmanes y de crueldad para con los cristianos, ya desde las crónicas tardomedievales de Lucas de Tuy, entre otros.²¹ También nacía entonces la venerable mozarabía toledana, que tenía por nobleza mayor el haber conservado la fe cristiana durante las penurias de las cadenas ismaelitas. Pero lo más llamativo es que el prolongado periodo andalusí se despacha en un solo capítulo, y con unas incongruencias e inexactitudes palmarias.²²

A decir verdad, para finales del siglo XVI, y a pesar de los esfuerzos de los eruditos de la Biblioteca Escorialense bajo Felipe II, se había prácticamente perdido en España el uso del árabe como lengua culta y sólo había quedado como una jerga degenerada de unos cada vez más irreductibles moriscos; a lo sumo quedó como una *algarabía* propia de personajes semicómicos en la literatura (v. gr. el Ricote cervantino, o en el teatro). No hay que olvidar que dicho siglo alumbró el predominio definitivo del castellano como lengua (vulgar) eminentemente española, al compás que se producía el crecimiento y la exaltación de la Monarquía Hispánica —aquello tan humanista de *la lengua y el imperio* de Antonio Elio de Nebrija—. El imperio español se forjaría con la fe, la espada y con la pluma (Salazar 53 y ss.; 147-149). El castellano se abrió paso sobre la enorme variedad peninsular anterior, sobre el vascuence, el árabe y el hebreo, el catalán y el valenciano, y sobre el gallego y el portugués, para convertirse en la *koiné* española, incluso por encima de las variantes dialectales locales y provinciales propias, todavía más entre las elites dirigentes. En el caso del árabe ya conocemos la historia: por mor del *máximo religioso* (y por ende cultural) de los Reyes Católicos, se reprimió el uso escrito y hablado del árabe, medida que se amplió con Carlos I (1526 y 1528) y sucesivamente, buscando la eliminación del árabe del panorama público y hasta del privado.²³ De todas

²¹ Tuy, capítulos LXVI-LXVII. Como en casi todos, la Crónica de España de Lucas de Tuy se salta completamente cualquier mención o consideración de los gobernantes musulmanes, y del godo don Rodrigo pasa, sin solución de continuidad, a don Pelayo (hasta Fernando III de Castilla y León).

²² Pisa II, XXXVII; ff. 126v.-128v. Llama al califa (omeya) el “Amiramamolín”, y se suceden en el puesto “Ulit, Zulemán, Omar, Yzit e Ysçán” (Walid, Suleimán, Umar, Yazid y Hisham, durante 50 años). Pasa por alto el emirato y el califato cordobés para ir a los reinos de Taifas en donde los “moros españoles se apartaron del señorío y jurisdicción de los africanos”. Después habla de los Almorávides y de los Almohades pero vuelve a referirse a los califas cordobeses (Abderramén o Alhacan (Abderramán III, Alhaquam II). Al final despacha toda la historia de Al-Ándalus del siguiente modo (127r.): “Porque me parece cosa de poco fruto detenerme en la historia de estos reyes indignos de este nombre, pues con fuerza y violencia mas que por derecho le poseyeron y gozaron. Los que se deben tener por legítimos reyes, sucesores del derecho y grandeza de los godos fueron el rey don Pelayo que, demás de ser legítimo heredero de la sangre real y nobleza gótica, lo obtuvo y alcanzó por su esfuerzo y ánimo valeroso; y después de él los reyes que le sucedieron de León, de las Asturias y Oviedo, hasta llegar al rey don Alfonso el Sexto, que por la gracia de Dios recobró esta ciudad y reino...”. Después transcribe una elegante elegía latina del maestro Álvarez Gómez de Castro sobre el citado tema.

²³ Vincent. Tanto la Monarquía, como la Iglesia a través de sínodos, como las Cortes de los diferentes reinos dispusieron la supresión del árabe en los contratos públicos, en las conversaciones, en la catequesis, incluso se determinó la destrucción de libros (excepto los de medicina, filosofía e historia) a través de la inveterada quema a la vista de todos. Al parecer la resistencia de los moriscos a perder su lengua (el rasgo supremo de su identidad) fue numantina, sobre todo en Valencia y Granada, máxime en el seno de sus hogares (mujeres), y ello fue interpretado por las autoridades cristianas como un contumaz mantenimiento de su fe musulmana. De ahí que se necesitara constantemente recurrir a *lenguas* (traductores) para tratar con ellos. Cuestión diferente fueron los moriscos castellanos, estos mucho más asimilados y, como veremos, en grave

formas, todavía permanecían rastros de las comunidades mozárabes, que como los cristianos coptos egipcios —valga la redundancia— fueron cristianos que se dejaron permear por la cultura y la lengua árabe; no obstante, dicha comunidad ya se había diluido en su arabismo para reforzar, desde las reformas litúrgicas promovidas por el Cardenal Jiménez de Cisneros, su anterior carácter religioso latino. En su propia parcela, sólo quedaron unos cuantos moriscos —cada vez menos— que también sufrieron una fuerte erosión en el uso de su lengua original, que “sufrió la pérdida de su delicada caligrafía, de su expresión fonética correcta y del dominio gramatical, si bien conoció el desarrollo de la literatura aljamiada”.²⁴ Precisamente desde la reivindicación de las glorias pasadas del árabe español se entiende la figura del polémico Miguel de Luna, que junto con Pedro de Corral, pasaron a ser los *historiadores árabes* castellanizados de los cuales muchos de los historiadores de España sacaron sus argumentos historiográficos sobre el comprometido episodio del intermedio musulmán e intentar integrarlo en la historia puramente *española* (esto es, *católica*); pero sobre ello volveremos un poco después.

Afortunadamente se ha estudiado y estudia mucho la compleja figura del autoconsiderado traductor Miguel de Luna. Es suficientemente conocido el habersele colgado el sambenito, junto a Jerónimo Román de la Higuera, de ser uno de los mayores invencioneros y falsificadores de la historia española, en una larga como apabullante estela que, sobre la base de las objeciones de los grandes humanistas contemporáneos Benito Arias Montano, Pedro de Valencia, el jesuita de origen morisco Ignacio de las Casas (Medina), va desde Nicolás Antonio (por mediación de Mayans en 1742), pasando por Godoy Alcántara (1868: Capítulo II), Menéndez Pelayo (1882: Libro V, Capítulo III), hasta el más compresivo Caro Baroja (1991: Parte Tercera). En todo caso, la historiografía de entonces estaba obsesionada con encontrar los verdaderos y primitivos orígenes de la identidad religiosa (cristiana y católica) de la nación española, acercando lo más posible la figura de Jesucristo y su predicación a unos supuestos primeros apóstoles de la fe en nuestro territorio, que se encontraría entre los primeros en asumir el nuevo y verdadero credo; no podía ser menos en todo ello la *Monarquía Católica*. Sobre la persona de Luna se han atendido dos aspectos que han dejado correr mucha tinta y tóner: por una parte, una enorme aunque muy significativa falsificación, la de los Plomos del Sacromonte, que trasladó al castellano junto a Alfonso del Castillo (Cabanelas); por la otra, la producción entre novela e historia del libro de Tarif Abentarique. Vamos a glosar el primer aspecto para centrarnos después en el segundo, en consecución de nuestra línea argumental. Miguel de Luna (1550-1615) procedía de un linaje morisco de Baeza (reino de Jaén, cristiano desde el siglo XIII), aunque él nació y vivió en Granada, donde ejerció una doble actividad de médico (de la que era licenciado²⁵) y traductor árabe-

peligro de perder o de pervertir su árabe nativo. Por lo demás, la aculturación de los moriscos era mayor según su mayor cultura, nivel profesional y político, dándose muchos grados de bilingüismo.

²⁴ Gil Pujol 103. Continúa: “Aunque debilitado, este árabe postrero siguió aportando arabismos al castellano y catalán dominantes. Y entre tanto se practicaba una fuga morisco-castellana en el mundo local”.

²⁵ En la nueva Universidad de Granada. La medicina fue una de las salidas típicas buscadas y ofrecidas a los conversos de judíos y moros para medrar socialmente; además, podían echar mano de la multitud de tratados médicos elaborados en árabe. Para su pensamiento como típico médico hipocrático-galénico, con la que coincidió también con Alonso del Castillo, ver García-Arenal y Rodríguez Mediano 2006: 193-199 (especialmente respecto a las virtudes terapéuticas de los baños públicos y *estufas*). Con todo, no tenemos testimonios de que su actividad médica práctica fuera muy abundante y absorbente: pronto se dedicó más a los papeles que a los cuerpos. Puede decirse que fue más bien un médico teórico que se preocupó por cuestiones higiénicas o por la enfermedad de la gota, de la que ha desaparecido su tratado. En otro orden de cosas, Luna puede ser que ni se graduara porque si no hubiera utilizado el título de licenciado o el más habitual de doctor: en aquel tiempo no era necesario alcanzar el título para ejercer o ser considerado abogado, médico, etc.

romance, que había aprendido en el seno de su comunidad, y en este último sentido, se convertirá en escritor e historiador. Vino a constituirse en pontífice entre el quehacer historiográfico e incluso protoarqueológico de la pujante cultura cristiano-hispano-trentina posthumanista y la vieja (por caduca) civilización andalusí islámico-oriental, aunque tomando partido por la primera por propia conveniencia; de ahí que debamos considerarlo mayormente como un “cristiano arábigo” (un arabizante o incluso un “moriscólogo”) que de un sospechoso cripto-musulmán o un estrafalario sincrético.²⁶ Lo cierto es que paulatinamente contribuirá a elaborar una nueva secuencia de los orígenes cristianos españoles en los que estarían presentes y coadyuvarían los moriscos (tesis bien fundamentada, con algún matiz, por García-Arenal y Rodríguez Mediano 2006 y 2012). Su primera actuación en esta línea fue el encargo de versionar un misterioso pergamino raramente escrito en árabe, latín y castellano aparecido en la llamada Torre Turpiana de la emergente catedral granadina en 1588 y referido al supuesto santo obispo Cecilio, que ejecutó junto al licenciado José Fajardo y a Francisco Tamarid y de la que Alonso del Castillo hizo una segunda versión.²⁷ Es claro que este hallazgo, aparte de calentar su imaginación le sugirió dar un salto en sus ambiciones y apuntar a lo más alto, a convencer de sus bondades al mismo Monarca Católico, a la sazón don Felipe II, y a su Consejo Real.²⁸ En 1592 enviaba al rey un informe para que se instaurasen los famosos baños árabes por cuestiones profilácticas, por una parte, y por otra sacaba a la luz su historia sobre los sucesos en torno al rey godo don Rodrigo, que empezó a escribir en 1589 y sobre el que volveremos de aquí a poco. Y en 1595 se personó junto al citado Castillo para desvelar el contenido de otros descubrimientos más o menos oportunos, en la estratégica colina de Valparaíso, los Plomos del Sacromonte, para cuya autoría se apostaba fuerte adjudicándola a la Virgen María (defendiendo su inmaculada

²⁶ García-Arenal y Rodríguez Mediano 2008. Aunque un poco más tarde, García-Arenal 2010, analizando algunos nuevos testimonios introduce algunas dudas sobre un posible *islamismo encubierto* en Luna, lo cual no es nada extraño en una atmósfera confusa como la de aquel tiempo. Para ello baste mencionar otra controvertida obra, el *Evangelio de San Bernabé*, un apócrifo más pero que muy tardío elaborado a caballo entre el exilio hispanomorisco norteafricano y la resistencia intelectual morisca granadina, a raíz de los descubrimientos turpianos y sacromontinos que enseguida veremos y que reivindicaba un origen islámico para el cristianismo, recalando el carácter profético de Jesús y no su filiación divina (Bernabé Pons 1995). Llama la atención la existencia de este evangelio vertido en español y en italiano, lenguas romances en que no estaba permitido leer las Sagradas Escrituras (v. Pellicer y Saforcada, autor que en el siglo XVIII participó, por cierto, en el levantamiento del primer mapa de las rutas de don Quijote y que escribió una vida de Cervantes).

²⁷ Otro personaje interesante al respecto fue Juan de Faria, abogado y relator de la Chancillería granadina, miembro de la famosa academia literaria de los Granada-Vargas, quien dedicaría dos sonetos a libro de Luna y que, sobre todo, redactaría una defensa llamada *Dialogismo* de la *invención de san Cecilio*, hipotético autor del pergamino turpiano, escrita en forma de diálogo con, precisamente, su amigo Miguel de Luna. El tal Cecilio se ofrecía como uno de los primeros obispos cristianos españoles, incluso discípulos de Santiago apóstol o enviados por los mismos san Pedro y san Pablo según la *Crónica General de España* de Ambrosio de Morales, y en el manuscrito se planteaban otros problemas como el origen de la misma Granada (en competición con Ilíberis) o la verosimilitud de una reproducción del principio del evangelio de san Juan (García-Arenal y Rodríguez Mediano 2006, 205-213).

²⁸ García-Arenal 2010. Con anterioridad para medrar había servido al Marqués de Medina Sidonia, ofreciendo servicios de intermediación y agencia diplomática con Marruecos. También parece que trabajo como intérprete en la Rebelión de las Alpujarras (“romanceador”), por lo que pidió mercedes por los servicios prestados. Hasta aquí, el currículo normal de cualquier letrado universitario de mediano origen social. Al parecer, en estas lides, Luna intentar dar algún que otro *codazo* a su compañero Alonso del Castillo, mayor que él, pretendiendo sus puestos, a lo que Castillo respondió extendiendo la especie de que Luna no sólo no era habilidoso en su oficio de intérprete sino que podía ser mal cristiano o cristiano tornadizo.

concepción), a Santiago apóstol (que habría estado en España vivo y en Granada)²⁹ y a alguno de sus legendarios primeros discípulos españoles el mencionado Cecilio (protobispo granadino), Hisicio y Tesifón. Además, dichos libros plúmbeos, escritos en caracteres “salomónicos” (una especie de árabe deformado de ambivalente lectura) que necesitaban forzosamente translación, se fueron incubando en el vivo debate de cuáles fueron las lenguas o escrituras verdaderamente originarias, *antiguas*, de España (*cfr.* Aldrete), para lo cual defendió el árabe como una de esas lenguas antiguas al tiempo que lo intenta desligar del Islam al hacerlo anterior y coincidente con el nacimiento del cristianismo (Gil Pujol 87). También las reliquias y escritos del Sacromonte, en el contexto general de veneración de los restos del cristianismo primitivo (desde Roma hasta el último rincón del orbe católico), contaron con la entusiasta colaboración y anuencia del arzobispo don Pedro Vaca de Castro,³⁰ que le sirvió a Luna para, efectivamente, entrar de asiento en la Corte, como intérprete oficial del más crédulo Felipe III (Madrid, 1607-1610). Tal fue su predicamento que no sólo aspiró a una hidalguía en la próxima chancillería granadina sino que sorteó con éxito la expulsión de los moriscos en 1609, para morir, imperturbado, en su ciudad granadina en 1615, aunque con proyectos de proseguir su periplo junto a un hijo suyo en Roma, siguiendo su espíritu inquieto o insatisfecho. Sería sustituido en sus cargos por el no morisco —precisamente— Francisco Gurmendi, quien, como muchos, intentó sembrar dudas sobre la figura y actuación de Luna (Floristán). Al margen de las contribuciones de otros moriscos hispano-cristianos³¹ o incluso renegados magrebíes y hasta otomanos reconvertidos (como Diego de Urrea³²),

²⁹ Aquí hay una apropiación del mito de la venida del apóstol Santiago el Mayor (“hermano del Señor”, jefe de la Comunidad de Jerusalén, primer apóstol mártir, etc.) a España en vida, que ya sabemos que se disputaban Santiago de Compostela y Zaragoza, amén de Toledo y otros muchas localidades (Márquez Villanueva 2004, Rey Castelao y Serrano Martín).

³⁰ Pedro de Castro Cabeza de Vaca y Quiñones (1534-1623), servidor de la Corona como oidor y presidente de las dos Chancillerías de Valladolid y Granada, arzobispo de Granada entre 1589 y 1610, consiguió con estas cuestiones hacerse notar y promocionar a arzobispo de Sevilla, la segunda diócesis española en importancia y riqueza, hasta su muerte, sucediendo ni más ni menos que al cardenal Fernando Niño de Guevara. Pero antes fue el fundador de la impresionante Abadía del Sacromonte, todavía en activo.

³¹ Algunos linajes nobles de origen morisco estuvieron interesados en el tema sacromontino en avanzar argumentos para aumentar su prestigio genealógico (no sólo nazarí sino incluso godo) y, por tanto, sus posibilidades de ascenso en el estamento nobiliario granadino y español (García-Arenal 2003; Soria Mesa 1996). Los mismos afanes genealogistas tuvo Jerónimo Román de la Higuera, en su caso para entroncar los linajes conversos (incluido el suyo) con los antiguos mozárabes: *Linajes de Toledo*, manuscrito de la BN, número 3302. Ver también Gil.

³² Rodríguez Mediano 2003, 248-251 y Rodríguez Mediano, García-Arenal 2010, 229-246. El tal Urrea Conca, de origen calabrés, renegado y reconciliado, trabajo para la Monarquía Hispánica y llegó a ser secretario virreinal, profesor de árabe de los hermanos Argensola, primer catedrático de árabe del Colegio Trilingüe de la Universidad de Alcalá en 1593, amén de catalogador de los libros árabes del Escorial o traductor diplomático. Junto a su figura también podemos colocar al inquieto cosmógrafo Diego Pérez de Mesa que también conocía el árabe (quizá aprendido de Urrea) y que tuvo un papel destacado en la historiografía filipina, al complementar la obra de Pedro de Medina *Grandezas y cosas notables de España* (Alcalá de Henares 1595), con una fiable cronología comparada musulmano-cristiana. O a Francisco de Gurmendi, que acabamos de citar y que volveremos a hacerlo; sin olvidar al kurdo Marcos Dobelio Citeroni, autor de una interesante *Suma que trata del tiempo de cuando los mahometanos ganaron a África y como después pasaron a España... vuelta de arábigo en romance*. Todos ellos trabajaron con más o menos éxito en la traducción de los plomos sacromontinos, posicionándose más bien en su falsedad (por ser obra, decían, de un “morisco ignorante”) y siendo recusados por el arzobispo Vaca de Castro. Tampoco podemos olvidarnos de Martín Vázquez Siruela, amigo de Nicolás Antonio, canónigo de la misma abadía del Sacromonte antes de ser racionero de la catedral de Sevilla, en el bando de los acérrimos defensores. Tampoco podía faltar el ubicuo José Pellicer y Ossau en estas lides orientalistas. O Juan Durán Torres, Tomás de León (S. I.), etcétera, hasta llegar —cómo no— al Marqués de Mondéjar. La conclusión de Rodríguez Mediano es evidente: a pesar del decaimiento del arabismo español, se estaba al tanto de los intereses orientalistas que estaban tomando forma en Europa (desde la Biblioteca Vaticana hasta los

Miguel de Luna se convirtió en el máximo representante e intérprete —en los dos sentidos de la palabra— de las vicisitudes de los arabizados amusulmanes en la historia española primitiva. Tampoco puede resultar esta maniobra del todo descabellada, pues siempre habían existido iglesias cristianas orientales que han usado el árabe en su liturgia y lengua de comunicación, como los siríacos, en la actualidad masacrados. En cualquier caso, nadie podía negar su hasta cierto punto coherente “voluntad de leyenda”.³³ Además, alguien tenía que rellenar la enorme sima que a la altura del siglo XVII se estaba abriendo respecto al conocimiento del otrora esplendorosa cultura árabe, especialmente tras la extinción de la España morisca.³⁴ Y Luna lo realizó esquivando también a la terrible Inquisición, quizá por sus contactos en la Corte (con los secretarios del Consejo de Castilla), que no sólo podría haber puesto en duda la sinceridad de su fe sino que podía identificarlo con las artes demoníacas y ocultistas de la nigromancia...

No eran los únicos intentos de poner en el candelero a los musulmanes españoles. Por esas mismas fechas Ginés Pérez de Hita (1544-1619) estaba exponiendo, también con grandes dosis de invención, otro mito granadino aunque bastante más tardío: las luchas de los Abencerrajes, que también podemos englobar en el intento de supervivencia y promoción de la nobleza granadina de origen nazarí-morisco.³⁵ En todo caso, Luna no tendrá mucho que aportar al renqueante arabismo de su época, por mucho que sus traducciones hicieran mucho ruido (García-Arenal y Rodríguez Mediano 2010, capítulo 12 y siguientes). Tampoco a la resurrección del orientalismo o semitismo en el siglo XIX, y no en España precisamente (Dozy). Así, no lo encontramos en los escasos estudios que sobre historiadores e incluso geógrafos hispano-andalusíes se levantaron desde dicha

norteños Erpen, Bedwell, Kircher), lo cual facilitaría su renacimiento en el siglo XVIII; aunque, por el contrario, contribuyó a desautorizar la invención sacromontina de Luna. Otro personaje a tener en cuenta es al mismo Bernardo Aldrete que escribió su *Varias antigüedades de España, África y otras provincias* (Amberes, 1614). Ver también García-Arenal, Rodríguez Mediano 2010, resumen y culminación de todos estos estudios. Tampoco viene mal consultar el trabajo de Cáceres Würsig sobre los intérpretes y protodiplomáticos españoles ante el Imperio Otomano en la época moderna.

³³ Márquez Villanueva 1991, 45-97. La Iglesia, tanto la española como la Romana, tardó bastante en reaccionar contra la pataña, pues mediando las ínfulas piadosas —y oportunistas— del arzobispo Vaca de Castro, hasta un siglo después, en 1681, Roma no los declaró falsos y heréticos, después de un exhaustivo análisis en la Ciudad Eterna a donde se llevaron los vestigios. Para evitar mayores males los libros plúmbeos no fueron devueltos a Granada hasta el año 2000, de manos del que después sería papa el cardenal prefecto de la Fe Joseph Ratzinger, a favor del arzobispo Antonio Cañizares Llovera (que más tarde fue creado cardenal por Benedicto XVI, pasando a Toledo, a la Curia Romana y últimamente a Valencia). Hoy pueden contemplarse en un renovado e interesantísimo museo de la abadía sacromontina.

³⁴ Rodríguez Mediano 2006. En efecto, a pesar de los esfuerzos recopiladores que se realizaron en la nueva gran biblioteca real del Escorial de Felipe II, en el siglo XVII no puede hablarse de ninguna escuela española de arabistas, en consonancia con el declive cultural que se obró en muchos aspectos en la declinante Monarquía Hispánica. Habrá que esperar al siglo XVIII, a 1760-70, con el maronita Miguel Casiri para encontrar algo similar a tal escuela, que comenzó precisamente con lo recopilado en El Escorial tras un infausto incendio (García-Arenal-Rodríguez Mediano 2010); o algo más tarde el mismo Campomanes, director de la Real Academia de la Historia.

³⁵ Publicó en 1595 en Zaragoza su *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes*, más conocido por su subtítulo: *Guerras Civiles de Granada*, a la que se alude en el Quijote de Avellaneda (Carrasco Urgoiti 1998, 2006 y 2007b). Se trata de otra de estas novelas historiadas —hoy las llamaríamos *novelas históricas*—, aparentemente traducidas del árabe y que también gozó de éxito de ediciones y lectores. El título de la edición barcelonesa de 1610 resume perfectamente su artificio: *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes, caballeros moros de Granada, de las civiles guerras que hubo en ella y batallas particulares que hubo en la Vega entre moros y cristianos, hasta que el rey don Fernando Quinto la ganó. Agora nuevamente sacada de un libro arábigo, cuyo autor de vista fue un moro llamado Aben Hamin, natural de Granada, tratando desde su fundación. Traducido en castellano por Ginés Pérez...* Este Ginés Pérez, natural de Mula (Murcia), fue también testigo de la Guerra de las Alpujarras. Inspiró todo un romancero nuevo que influyó, entre otros, en Lope de Vega, combinando hábilmente historia y poesía; y a diferencia de Luna, sí influyó poderosamente en el orientalismo romántico europeo del siglo XIX.

época historicista decimonónica;³⁶ nada en las escasas ediciones de fuentes árabigas;³⁷ una micra en las historias al uso de la dominación árabe.³⁸

Por último, tampoco podemos olvidar otros detalles que nos lo pueden acercar a nuestro CHB: Miguel de Luna, mientras residió en la Corte (Madrid, El Escorial) y como intérprete oficial fue requerido en Toledo para desvelar algunos documentos mozárabes de finales del XII, con los que tuvo no pocos problemas de traducción. De igual forma, años antes habían sido solicitados sus servicios en un proceso inquisitorial contra el morisco y mercader toledano Jerónimo de Rojas, que terminaría condenado a la hoguera.³⁹ Y por otra parte, Luna también interactuó con el jesuita —y marrullero— Jerónimo Román de la Higuera, activo entonces también en la capital toledana, en la imaginación de la Vera Cruz de Caravaca, que caía en el distrito del reino de Toledo y de la provincia jesuítica de Toledo a su vez.⁴⁰ Item más, De la Higuera también utilizó la

³⁶ Pons Boigues. Cita a los semitólogos Kosengarten, Tornberg, Goeje, Wright, Derenbourg, Wüstenfeld y sobre todo a Dozy, pero indica que “los arabistas extranjeros (excepción hecha de Dozy), atentos preferentemente al estudio de la ciencia árabe oriental, se curan poco de lo que respecta a España, y este abandono de los de fuera, unido a nuestra tradicional apatía, hacen que la historia árabe-hispana sea menos y peor conocida de lo que debiera y pudiera serlo en realidad” (p. 17). Por lo demás, su recopilación empieza desde el año 853, por lo que no aporta fuentes contemporáneas a los hechos reflejados por Luna. Llega al hemisferio del siglo XIII.

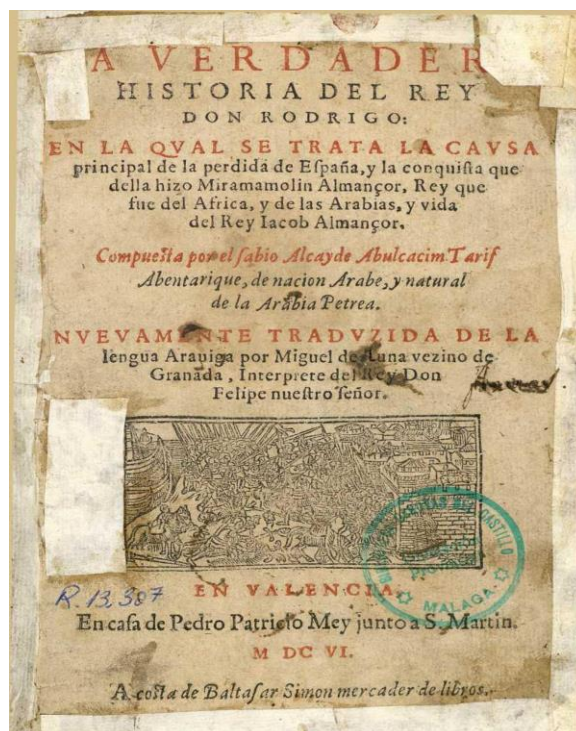
³⁷ Véase Lafuente y Alcántara, que edita una fuente anónima del siglo XI, por tanto, también tardía, aunque relata sumariamente los hechos de Luna (pp. 15-54), y prosigue hasta el afianzamiento del califato omeya independiente de Córdoba. Por aquel entonces sólo había sido editados el *Discurso sobre la autenticidad de la Crónica denominada del moro Rasis* por el bibliófilo Pascual de Gayangos y la *Historia de África y España* de Ibn Adzari por el citado R. Dozy. Quizá lo más interesante de esta edición son los apéndices (cristianos y musulmanes) que incluye como testimonios adicionales de la invasión y aposento de los musulmanes en España: continuador del Biclarense, Isidoro pacense, Cronicón Albeldense, Moissiacense, Paulus Diaconus, Cronicón Fontanellense, etc.

³⁸ Conde, en su historia (1874), aunque indica que está “sacada de varios manuscritos y memorias árabigas”, no cita ninguna de manera explícita, salvo en el prólogo pero generalmente. Rompe una lanza a favor de los cultos árabes antiguos y de la ignorante destrucción que en España se hizo de su legado escrito (a excepción de la colección real del Escorial). Cita negativamente a Luna en el siguiente contexto: “Todos los historiadores, aun los más doctos y críticos, no han reparado esta parte de nuestra historia; y este ha sido sin duda alguna por falta de erudición árabe, pues sin ella era imposible hacer otra cosa que copiar lo poco que de esto dicen los antiguos y conjeturar sobre ello, lo que en realidad no es más que palpar tinieblas y andar a oscuras y desatinados. No merece mencionarse la absurda fábula que con el título de traducción de la historia de Tarif Aben Taric publicó el morisco Miguel de Luna, que la fingió, manifestando su ignorancia en la materia y su impudente osadía literaria”.

³⁹ García-Arenal 2010, 257-261. Un detalle curioso del interesantísimo expediente de este sujeto revela que mantenía conciliábulos con otros moriscos cultos de Toledo precisamente en la casa de otro mercader (probablemente sedero), morisco pero granadino, en el Alcaná del que hemos hablado extensamente en la primera parte. El proceso transcurrió entre 1601 y 1603 en el Tribunal de la Inquisición de Toledo (en el actual palacio universitario de Lorenzana), muy poco antes de la edición del Quijote. Para más inri, el mercader morisco granadino resultaba ser pariente de Miguel de Luna, y éste, amén de confortar y organizar a sus amigos moriscos toledanos, participó en el rescate y ayuda de procesados. Al parecer, vuelve a haber intentos de comprometer a Luna motejándolo de *tarif* (apóstol musulmán) relacionándolo así con asuntos graves y feos, reos de la Inquisición. Por otra parte no nos resistimos a reproducir un breve párrafo en el que Rojas quería libros de doctrina musulmana pero en castellano y que (p. 261): “dentro de Toledo hallará éste hombres muy sabios que le vendan libros trasladados en castellano de manera que lo entienda muy bien todo; y tratándole de si los habrá de muy buena letra dice que conforme al dinero que hubiere para ello, y que hay hombres muy doctos y sabios que los corrigen y que estos le dará a éste a entender todo lo que está escrito”. La resonancia con el capítulo IX del Quijote es patente.

⁴⁰ García-Arenal, Rodríguez Mediano 2006, 216-224. La aparición de esta reliquia por manos de ángeles en el siglo XIII tuvo fama de convertir al cristianismo al rey musulmán Abuceyt (en adelante don Vicente Belvís, después de bautizado) por mediación de un clérigo llamado Chirinos, y propiciar así la reconquista del reino murciano: otra aproximación de los islamitas al cristianismo, en realidad otro paradigma de la proclividad de los moriscos respecto a la fe cristiana. Posteriormente la devoción a esta quintuple fragmento en forma patriarcal de la Cruz de Cristo (uno de tantos) se comunicó a toda la Andalucía oriental y

historia de Luna para su monumental *Historia Eclesiástica de Toledo*,⁴¹ como también lo había hecho su émulo el doctor Francisco de Pisa, como ya se ha advertido; de la misma manera también intentó arrimar el hombro en la demostración de la veracidad del Sacromonte (García-Arenal y Rodríguez Mediano 2009).



Pasemos ya a la gran obra historiográfica —de aquella manera— de Miguel de Luna, su *Historia verdadera del rey don Rodrigo*, que sacó a la luz por primera vez en las prensas de René Rabut de Granada en 1592, una docena de años antes que el *Quijote* cervantino. A esta primera parte, le seguiría una segunda en 1600, producto de la tipografía de Sebastián de Mena. Desde entonces podemos hablar de todo un *best-seller* pues las ediciones e incluso las traducciones se multiplicaron, y con ellas su influencia en la literatura hispana y europea.⁴² A estas alturas es innecesario volver a insistir en que se

especialmente al reino de Granada una vez *recuperado*. Esta invención de Caravaca tuvo como iniciador a Juan de Robles Corbalán y su *Historia del misterioso aparecimiento de la santísima Cruz de Caravaca...* publicado en Madrid en 1615, en plena ola de credulidad piadosa, al que siguió una larga estela de defensores del milagro y algún que otro crítico hasta el mismo siglo XX. El tal Juan de Robles Corbalán (Gorbalán) procedía de una acreditada familia toledana de jurados y regidores que buscó en Murcia aumentar sus cargos de poder (Aranda 1999), lo cual explica su estrecha relación con Román de la Higuera (que defendió la honorabilidad de estos antiguos conversos como la suya propia) con el concurso de Miguel de Luna, entonces activo en la cercana Corte, que volvió a ofrecer sus servicios para transcribir un mensaje oportunamente cifrado que acompañaba a unas pinturas que aparentemente explicaban el milagro. Además, la obra de Juan de Robles Gorbalán hay que ponerla en conexión con la de otro *ficúlneo* (seguidor de Román de la Higuera) conspicuo como don Pedro de Rojas, conde de Mora (1654).

⁴¹ Que todavía permanece sin transcribir y estudiar como es debido, en varias copias en Madrid y Salamanca, siendo la original la de la BN, Ms. 8193. Esperamos que algún día podamos acceder a un proyecto que financie un equipo que pueda llevar a cabo tan titánica obra.

⁴² Luna-Bernabé Pons XXXIV-XXXVII. Ediciones en Granada 1600, Zaragoza 1603, Valencia 1606 y 1646 (las más extendidas), Madrid 1654 y 1676. Al parecer inspiró la obra teatral de Lope de Vega *El último godo* (Márquez Villanueva 1992: 94-95). Amén de estas copiosas ediciones españolas, se vertió en varias versiones —y más abundantemente— al inglés (London 1627, 1687 y 1693), al francés (Paris 1638, 1691 y 1708, Amsterdam 1671, Lyon 1702 y 1721) y al italiano (Napoli 1648 y 1653, Venezia 1648, 1660,

trata de una invención, más bien una reinterpretación —en el lenguaje actual— de la invasión e interregno musulmán en la historia de España y de sus causas; o, como poco, una exaltación de la antigüedad socio-aristocrática morisca del reino de Granada, que jurídicamente todavía rezaba *verbi gratia* en el gran escudo real, que había pasado la dura prueba de la Rebelión de las Alpujarras y que se enfrentaba a principios del siglo XVII al extrañamiento. De esta forma, es llamativo el artificio que utiliza para dar principio a la historia y que era —y aquí nos resulta— bastante familiar: el hallazgo como predestinado de un escrito antiguo y profético que tiene que ser traducido. Así había acontecido con el escrito de Torre Turpiana,⁴³ así ocurrirá con los Libros del Sacromonte, en donde se mezclaban el pergamino y el plomo, materias resistentes que contribuyen a la durabilidad del mensaje que portaban; empero, su enorme estabilidad no era sinónimo de verdad... Este ingenioso artilugio algo común en la literatura escatológica universal, en donde por inspiración divina directa (en el caso cristiano, por el Espíritu Santo) o por mediación de algún mensajero angélico (frecuente en el ámbito mahomético) se apuntaban una serie de mensajes para la conversión de los creyentes o como aviso del porvenir.⁴⁴ En el caso de Luna es una carta membranacea introducida en una caja de plomo⁴⁵ que recuerda poderosamente a la profecía sobre la invasión musulmana contenida en un cofre fuertemente cerrado sobre la Mesa preciosa de Salomón en el Palacio, Torre o Cueva (de Hércules) de Toledo de la que también hablaría Pedro de Corral, que estudiaremos al final (Hernández Juberías 194-248). Los mensajes aparecen casi siempre criptografiados (Galende), en una época en donde seguía la afición a lo misterioso y a lo que rozaba la astrología adivinatoria. En otro orden de cosas, Luna también propone todo un espejo de príncipes en la figura del rey Jacob Almanzor (Santiago el Vencedor); por cierto, no sería el único que pretendería aconsejar a príncipes cristianos desde la sabiduría árabe y medio y extremo oriental.⁴⁶ Para mayor abundamiento, la historia de Luna habría que

1662, 1664 y 1674, Bolonia 1685-89, Firenze 1663). Hubo un gran interés orientalista en Europa que muchos más tarde desembocaría en el gusto por el exotismo de los viajeros ilustrados y románticos (Rodríguez Mediano, 2015).

⁴³ Que en Toledo había tenido su correlato con los supuestos hallazgos de la antigua iglesia dedicada a san Tirso en el también casual año de 1595, cuyo informe, solicitado por el corregidor, redactó *oportunamente* Román de la Higuera, que recreó un rey (godo) Silo y un arzobispo, Cixila, al efecto (Martínez de la Escalera).

⁴⁴ No podemos convertir este artículo en un tratado sobre las religiones. Baste por ahora indicar que hay una mixtura evidente de todo lo que estamos contando en el caso de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días con su *Libro de Mormón*, dictado por el ángel Moroni al profeta Joseph Smith en láminas inalterables de oro escritas en egipcio allá por 1823-1830, en donde, entre otras cosas se revelan el número de linajes que en el mundo se van a salvar (de ahí su obsesión genealógica), que un Jesucristo caucásico se apareció a los indígenas del continente americano y que profetas americanos, procedentes de la diáspora hebrea, (entre ellos el mismo Mormón) concibieron este testamento desde el siglo VI a. C. hasta el siglo IV d. C.

⁴⁵ El plomo se ha utilizado como material de protección desde el mundo antiguo, como, por ejemplo, urna para guardar reducciones o cenizas de cadáveres. Ha sido frecuente el uso de ataúdes de plomo para preservar a los muertos, como todavía en la actualidad se utiliza con los Sumos Pontífices Romanos. Su carácter de prevención de humedades y de la acción destructora de algunos seres vivos también lo hizo apto para guardar documentos de relevancia. Por otra parte, aunque el pergamino es de invención antigua, su uso empezó a extenderse en el Bajo Imperio Romano (siglos IV-V), generalizándose en la Alta y Plena Edad Media. Esto quiere decir que es improbable que cualquier texto de los primeros tiempos cristianos (siglos I y II) se escribiera sobre pergamino, por lo que cualquier texto pretendidamente de esa antigüedad se trate de una falsificación como mínimo medieval. Por ello, las ciencias paleográfica y diplomática surgieron en los siglos XVII y XVIII para desenmascarar dichas mixtificaciones medievales casi siempre de carácter eclesiástico.

⁴⁶ Así recordamos a Gurmendi, arabista de origen guipuzcoano (Gurmendi); o bien el italiano (de Ragusa), al servicio de los Habsburgo y Austria, Vicencio Bratuti, que versionó el *Calila y Dimna* en su *Espejo*

completarla con la gran cantidad de libros y opúsculos que se produjeron al calor del debate de la expulsión de los moriscos que finalmente se ejecutó de manera inexorable entre 1609 y 1614.⁴⁷ Con todo ello, en la opinión pública estaba en juego el delicado equilibrio de poder mediterráneo entre la Cristiandad (y España al frente) y el Turco, que alargaba sus tentáculos hasta Marruecos, hacia nuestra *otra orilla* (Bunes 1989). Y, a la postre, era una voluntad de cortocircuitar la apología de la continuidad de la España Visigótica y la España Cristiana, el neogoticismo que desde Trento y el *nacionalista* hispano Felipe II se estaba convirtiendo en doctrina historiográfica oficial (y que cobraría más fuerza en el siglo XVII), para oponerse ideológicamente al enemigo musulmán. En el fondo y en la forma existía un conflicto entre intransigencias políticas, o entre diferentes maneras de entender la caballería (el poder militar), en el que el factor puramente religioso pasó a segundo plano. No faltaba tampoco la intención de lanzar todo un torpedo a la línea de flotación de una sociedad que preconizaba de manera creciente la *limpieza de sangre* hidalguista para promocionar al valor supremo de la nobleza; aquí los conversos (de los dos tipos) podían unirse a las aspiraciones de los *honrados* pero humildes *cristianos viejos*.

Entre las posibles fuentes árabigas del libro de Luna se indican una serie de manuscritos y papeles árabes que dejó un viejo morisco granadino llamado El Meriní.⁴⁸ De todas maneras, Luna mismo menciona el encuentro de un manuscrito árabe de la Real Biblioteca del Escorial, a la que, efectivamente como intérprete oficial, tuvo acceso en las ocasiones que lo solicitó, que pudo ser el de Alí Ibn Syfian.⁴⁹ Y ese escrito parecía contener nada menos que la verdad de lo que había sucedido en la *pérdida de España* según uno de los autores más reputados del orbe alárabe, no caracterizado en principio ni como moro ni siquiera como musulmán. Parafraseando un conocido axioma, Abulcasin Abentarique sería el gran historiador árabe y Miguel de Luna su fiel y máximo intérprete... Y el máximo protagonista de la historia, el paradigma de rey perfecto, Jacob Almanzor, ofrecía al lector un atractivo modelo “fronterizo” —*mediterráneo* nos gusta decir hoy—. Miguel de Luna, pues, actuó como CHB, dando luz a un escrito arrumbado ejerciendo un doble juego de traductor y autor que va levantando (inventando) una historia en la que aparece ante el público una serie de dispositivos ya familiares y que capta la atención mediante un origen misterioso y una promesa de verdad; esto es, la confección de una leyenda, compuesta de venerable antigüedad, fantasía piadosa y anhelo de un futuro mejor (Delpech), o sea, una estupenda historia que si no era verdadera era

político y moral para príncipes y ministros y todo género de personas, traducido de la lengua turca en la castellana (1654).

⁴⁷ Como la *Crónica de los moros de España* de Jaime Bleda o la misma *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos* de Luis del Mármol Carvajal (*cit. infra* notas 48 y 52), por poner algunos ejemplos. Sobre dicha expulsión ver Carrasco.

⁴⁸ Según recoge Luna-Bernabé Pons 1998: XXIII, del libro de Cabanelas: 255, de un testimonio no muy favorable del ya citado Luis del Mármol Carvajal. El tal Meriní murió hacia 1570 y dejó sus escritos árabigos a su hija, casada con otro morisco, Mendoza, seis (cargo municipal) de Granada. Esta morisca donó los papeles de su padre, según su propio testimonio, a Miguel de Luna. No conocemos el tenor de dichos papeles, pero comenta que “ella le dio [a Luna] un libro que romanzó y se imprimió dos o tres años ha, que trata de la destrucción de España, y sé que lo tenía el Meriní porque cuando escribía la *Descripción de África* tuve noticia de él y lo pedí a Castillo el Viejo, padre del dicho licenciado [Alonso del] Castillo, para verlo, y me dijo que lo había prestado al Meriní”. Otro libro prestado sin vuelta...

⁴⁹ Hay que esperar al proemio del Abentarique a la Segunda Parte para que se confiese la inspiración de este autor en un tal alcaide (también) Alí Ben Syfian, virrey y gobernador de las provincias de Deuque (?) de Arabia, “hombre de mucha prudencia y letras en todas las ciencias naturales y gran valor en hechos de armas”, autor de una famosa biografía contemporánea del califa Walid. Mis conocimientos no me permiten afirmar si es un autor verdadero o fingido, en el sinuoso juego de Miguel de Luna. Lo único que puede decirse con certeza es que para aumentar el valor del historiador como fuente, a sus virtudes como escritor le respalda su poder político y militar.

necesario inventarla para satisfacer un auditorio *mitófago*. No obstante, Luna al mismo tiempo se estaba *hispanizando*, pues miraba y utilizaba también fuentes españolas: el trasvase árabe-español (oriental-occidental) se daba prácticamente por igual. De esta manera, Miguel de Luna se nos antoja como una especie de Juan Goytisolo, que a pesar de (o a consecuencia de) haber pasado toda su vida de escritor reivindicando la cultura musulmana y hasta postergando la cristiana por nacionalista, ha terminado coronado por el máximo premio de literatura española Cervantes en este mismo año 2015.⁵⁰ Al final, muchos autores han llegado a la conclusión, sin comprometerse del todo, de que CHB es remedo de Miguel de Luna.⁵¹ Tampoco es necesario empecinarse en su demostración porque, al fin y al cabo, CHB no existió; y que Miguel de Luna ofreció inspiración es muy probable pues, si bien no era el autor arábigo más importante ni reconocido, sí fue el más famoso y su caso fue muy comentado, sobre todo porque también fue un escritor de indudable éxito. Todos estos extremos no se escaparían a las muy sensibles antenas del castellano Cervantes Saavedra, que también atendía al nombre mítico del arcángel Miguel (“¿Quién como Dios?”), el apocalíptico *capitán* de los ejércitos celestiales de Dios, Yahvé y Alá.

Centrémonos en algunos detalles más que nos ayuden a comprender este ambiente de moro-orientalismo que, por cierto, contribuyó a alimentar, como un aporte más de carácter interior, la *Leyenda Negra*, que los propios españoles asumieron casi con entusiasmo en la época contemporánea y hasta hoy (García Cárcel 2008 y 2011). Observando el ineludible aparato inicial del libro, la primera edición de la primera parte fue hecha con indudable premura.⁵² En la primera edición completa, la valenciana (Luna 1606), la censura la realizaron en comisión el dominico doctor fray Vicente Gómez a encargo del pavorde⁵³ y capellán real el doctor don Pedro Ginés Casanova, en nombre del

⁵⁰ Por cierto, que Goytisolo fue autor de la novela *Reivindicación del Conde don Julián* (1970), como protesta por la mitología nacional-catolicista de la época de Franco, momento en el que rebrotaron todas las aportaciones de la historia panhispanizante que estamos comentando junto a las versiones moriscas. Continuó su personal cruzada contra los esencialismos nacionalistas y religiosos en su otra obra *Don Julián* (2001).

⁵¹ García-Arenal 2010 sólo se atreve a insinuarlo al final del artículo. Luna-Bernabé Pons 1998 lo reconoce más expresamente e introduce claves interesantes (XLI-II): “El hallazgo más o menos fortuito de un escrito de la Antigüedad que ha de pasar por el tamiz del cambio de lengua, que en Granada estaba pujante en 1592 con el descubrimiento del manuscrito de la Torre Turpiana y que Cervantes va a tomar para sacar a la luz algunas de sus mejores trazas narrativas, se había insertado en la tradición española a través de un triple vector textual. Los libros de caballerías, los falsos cricones y los textos de la Antigüedad clásica “exhumados” por los humanistas configuran un espacio textual y para-textual en el que la aparición de un insospechado texto es el primer escalón para recorrer con una cierta pátina de autoridad o verosimilitud los tramos de una historia imaginada. Si las novelas de caballerías enmarcaban estos hallazgos de manuscritos antiguos en ambientes y escenarios mágicos y fantásticos, de acuerdo con el propio decurso de las aventuras de los protagonistas, haciendo necesario un traductor que descubra las hazañas, los cricones situaban sus hallazgos generalmente en remotos monasterios donde se había refugiado el saber antiguo durante las edades oscuras del saber de Occidente. Un viaje afortunado o un solícito corresponsal procuraban el feliz tropiezo con el texto que procuraba espectaculares noticias sobre enigmas situados en los orígenes de las sociedades, las patrias o las iglesias”.

⁵² En efecto, aunque el veterano impresor René Rabut se había especializado en temas africanos (publicó la *Descripción general de África* de Luis del Mármol Carvajal, precisamente), la primera impresión del Luna se intentó acoger al patronato real, colocando las armas reales en el frontispicio, pero sólo ofrece apresuradamente la tasa (por Pedro Zapata del Mármol, escribano de cámara de S. M.), las erratas (por Juan Vázquez del Mármol: como vemos hay relaciones con toda una familia de secretarios de los consejos madrileños), una censura mínima por parte del secretario real Tomás Gracián Dantisco (que también censuró la obra de Lope de Vega) y el privilegio final de impresión.

⁵³ Cargo propio de la catedral metropolitana de Valencia, muy similar al de maestrescuela de algunas otras catedrales (entre ellas la de Toledo), caracterizado por su especial relación con el mundo de la formación de los eclesiásticos. En concreto, el pavorde de Valencia era un título honorífico con el que se distinguía a

ilustre patriarca (latino de Antioquía) don Juan de Ribera (1569-1611), contrarreformista arzobispo de Valencia e incluso virrey de Valencia y cancellor universitario, que sabemos que no era muy proclive a la causa morisca —y menos en torno a esos años, precisamente—; por tanto, no parece que Miguel de Luna levantara por allí demasiadas sospechas al respecto.⁵⁴ Aparece un proemio al rey, como típica obra cortesana de aleccionamiento de príncipes, y pretende mostrar “el grande esfuerzo y valor de los españoles”, desde el postrero reinado visigodo de Roderico (don Rodrigo, 710-711) hasta el primer reinado cristiano del “infante” don Pelayo (718-737), pretextando una continuidad legítima entre ambos. Las *recomendaciones* de la obra van desde una advertencia al “prudente y discreto lector” y dos sonetos del licenciado Juan de Faria, alabando la retórica, la documentación, la erudición y detallismo y la fiel traducción de la historia,⁵⁵ hasta unas redondillas de Juan Bautista de Vivar. Por último, hay otro proemio al “cristiano lector”, que redunda en las virtudes de un buen traductor, oficio que compara al de los teólogos, médicos y jurisperitos, personificadas nada más y nada menos que en san Jerónimo, intérprete de la Vulgata, y que debe aunar la fidelidad al texto y al sentido del mismo, una vez más para sacar “una verdad tan sepultada en esta lengua, de la cual carecían nuestras historias”; tampoco se olvida de utilizar una cronología precisa habida cuenta de que los cristianos utilizaban la era hispánica o del César (38 a. C.) y los musulmanes su hégira (622 d. C.). Todavía hay otro proemio-enlace con el cuerpo de la obra, que es el atribuido al autor arábigo Abentarique. Se decía este natural de la Arabia Pétreá, la actual Jordania, y, como era de esperar, hace toda una declaración de fe islámica que ajusta la posterior acción de la historia: entre otras cosas, que Dios mueve la voluntad de los reyes (“segunda causa suya”) y que “castiga a unos por su permisión y justicia y predestina a quien es servido por su grande misericordia”.⁵⁶

La historia de Luna contiene cinco hitos protagonistas: 1) la *Pérdida de España* que Luna recalifica rápidamente en “conquista”, a manos y por el valor del *miramamolín* (califa) Almanzor, rey “de África y de las Arabias”; 2) el lugarteniente militar y supremo conquistador militar del primer momento, Tarif ibn Ziet; 3) La “segunda conquista” de España, junto a África, por el nuevo califa Abencirix, ejecutada por su general Abdelaziz;

alguno de los catedráticos (fuera de teología, derecho canónico o civil) del *Estudi General* y que como tal tenía derecho a sentarse tras los canónigos y racioneros en el coro catedralicio, vestido a tal efecto.

⁵⁴ Para mayor abundamiento, en la cuarta impresión valenciana, de 1646, la imprenta de Claudio Macé que la elaboró estaba “junto al Colegio del Señor Patriarca”, actualmente en pie y en perfecto estado de conservación. No obstante, la aprobación de la obra fue trabajada por el trinitario fray Juan Bautista Palacio, calificador del Santo Oficio, doctor en Teología y maestro y examinador de Lógica y Filosofía en la Universidad de Valencia; la orden trinitaria estaba muy en contacto con el mundo de los cautivos, como bien se sabe. Por su parte, actuó por encargo del doctor don Martín Dolz del Castellar, maestrescuela de la Catedral de Zaragoza pero Vicario General de la archidiócesis valenciana, regida por aquel entonces por el dominico zaragozano don fray Isidoro Aliaga (1612-1648), sucesor de don Juan de Ribera. Por otra parte, la séptima edición de Madrid de 1676 (Herederos de Gabriel de León y Melchor Sánchez) se basa en esta valenciana del 46 y tiene una aprobación firmada por el secretario real de origen genovés doctor don Juan de Grijota, una licencia despachada por Gabriel de Aresti, escribano de cámara, una corrección del licenciado don Francisco Frero de Torres y una tasa de Aresti de nuevo.

⁵⁵ Ver más arriba nota 27. En las pp. 9 y 10 indica: [a Miguel de Luna] “se le debe mucho por haber sacado a la luz la verdadera historia de un hecho tan digno de ser sabido y tantos años ignorado de nuestros cronistas que tan al revés y como por sueños ha tratado esta historia... llevará intento de conservar la verdad mera y pura que halló escrita”.

⁵⁶ Luna 22: “... suplico me de aliento para que sin género de invención pueda contar la verdad clara y abierta, la historia del suceso [éxito] de la guerra de España, con las demás de África y reino de las Arabias...”. Insiste en que fue testigo de vista en todos estos hechos “personalmente en todas las batallas y recuentos de enemigos, excepto el cerco de Carmona y Mérida porque en aquella sazón estaba con el Tarif en la provincia de Granada” y que, además, hubo “juntado todas las cartas y papeles que refiero en esta historia los cuales me fueron entregados por los mismos generales que se hallaron en aquella conquista”.

4) el historiador arábigo, el “sabio” alcaide Abulcasin Tarif ibn Tariq, el Abentarique del que también hablaba Pisa; y 5) en el espíritu de toda la narración el mismo Luna, de oficio “intérprete” oficial del *Monarca Católico* (Felipe II y III de Austria). Sin más preámbulos, Abentarique inicia la historia, con la particularidad de que en vez de indicar en nota lateral las fuentes que utiliza, las sustituye por notas de aclaración de traducción de términos: así ofrece más un texto filológico que histórico en su aparato pseudo-crítico. No obstante, nosotros seguiremos la línea histórica de análisis que es lo que hace a este artículo, con la premura necesaria.⁵⁷ En el principio de la historia sitúa frente a frente al rey godo cristiano Rodrigo y al califa omeya Abilgualit (Walid I), alias Jacobo Almanzor (apodo cosecha del autor). Ambos monarcas mantenían “su reino en paz, tranquilidad y sosiego, sin guerras ni discordias”, como era su máxima obligación. Pero Rodrigo, llevado por la ambición, devino en tirano y maniobró para quedarse con la corona que ostentaba en nombre de su sobrino don Sancho, hijo del rey Acosta y la reina Anagilda, quien al final tuvo que huir a África para salvar su vida. Mientras, Rodrigo iniciaba el abismo de la depravación (injusticia, violencia, adulterio, codicia) y mediaba una nutrida correspondencia epistolar en la que se ponían al descubierto las arbitrariedades y maldades de un monarca que estaba perdiendo cualquier legitimidad, que perdió por completo cuando profanó el oráculo de la Torre Encantada de Toledo. Los ojos de los perjudicados (el infante Sancho, Florinda, su padre Julián de Ceuta, entre otros) se volvieron hacia un monarca cabal y lo encontraron en el califa de las Arabias y África, Almanzor (“El Victorioso”). Este contaba con dos subordinados de excepción, verdaderos y fieles caballeros: el gobernador Muza y, sobre todo, el esforzado capitán Tarif Ibn Ziet, quien primero hizo una completa valoración de la situación del reino hispano-visigodo. Sus informes convencieron al Califa y su Consejo de emprender la conquista de España, con tropas y armadas mauritanas y árabes (sirias), en la que allegaron también la ayuda de Túnez, otra pieza importante en el tablero. La conquista, tal como se sabe, fue un éxito fulgurante, máxime porque fue permitida por la Providencia en castigo a los pecados del rey visigodo. En los siguientes capítulos se narran las imparables ganancias territoriales de Tarif, por medio de la astucia militar y diplomática, con alguna intervención auxiliar de Muza, y también el buen gobierno que fue dejando en cada uno de los lugares tomados (capítulos XII-XVI). Pero la reacción cristiana no se hizo esperar con Pelayo, recuperando con su valor la intercesión divina y poniendo el algunos breves la conquista sarracena, que finalmente quedó incompleta en el Norte y con el peligro de algunas disensiones internas (como los casos significativos de Sevilla ante el gobernador Habdilbar o la Valencia de Abubqr). Después también de algunas vicisitudes en la sucesión califal y un cierto desorden en las provincias del imperio omeya, finalmente se pondrá orden en las cosas de España, a lo se dedica a glosar el resto de la obra.

Hay que notar que, como ocurrió con la Segunda Parte del Quijote, en la segunda parte del Abentarique se intenta poner orden al galimatías inicial de la conquista agarena, llena de personajes y de movimientos militares que se confunden entre sí. Por ello, en vez de una secuencia cronológica —más bien anacrónica— se opta por una versión temática que comprende una biografía (la de Walid), una corografía (de España), y la segunda y definitiva conquista y gobierno de un nuevo rey, Ibn Cirix y de su sucesor-usurpador Muhamad Abdalaziz. La biografía de Walid Jacob Almanzor, se muestra a todas luces como uno de los *relojes (espejos)* de príncipes de los que ya hemos comentado algo.

⁵⁷ Aun así, abogamos porque algún día se haga un buen tratado filológico-lingüístico de la obra de Luna, que hasta ahora sólo se nos ha ofrecido en versiones cómodamente facsímiles. Dicho estudio dilucidaría definitivamente la competencia en árabe de nuestro autor, que, para nosotros, era más ágil escritor castellano que traductor.

Algunos autores lo han relacionado con la famosa obra del franciscano Antonio de Guevara, que a su vez se aproximaba mucho a la legendaria figura —tan *eskenderiana* y, en suma, tan caballeresca— del César-emperador Carlos V (Guevara; Márquez Villanueva 1991, 60-63; Luna-Bernabé Pons 1998, LIX-LXII). Parece una similitud pertinente, ya que ambos personajes, en la realidad y en la ficción, realizaron un acto político poco común aún hoy en día: abdicaron de su poder y se retiraron a la paz y al consuelo de la religión. No hicieron tal el resto de los monarcas Habsburgo españoles hasta su extinción biológica... Pero además, como príncipe óptimo, Almanzor se mostraba especialmente escrupuloso en la administración de la justicia siendo siempre “amigo de tratar verdad” (Capítulo III); cuidadoso en la decisión y planificación de la guerra junto a su consejo castrense y conocedor del arte militar terrestre y naval (Capítulo IV); fino conocedor de los hombres para proveer los cargos y oficios en el seno de su consejo de gobierno, previo escrutinio de sus servicios en las acciones de guerra (V); estaba prevenido y preparado para el supremo arte marcial mediante el ejercicio de la caza y practicaba la limosna para con los pobres directamente⁵⁸ (VI); si le era posible los jueves departía con los hombres sabios de su imperio y de fuera de él, al tiempo que acumuló por decreto una importante biblioteca “de cualquiera facultad que fuese”⁵⁹ (VII); por la misma razón incitó la erección de estudios (universidades) con academias variadas en donde eran aceptados y mantenidos estudiantes pobres (de ahí su nombre de “hospitales”, incluido uno que estaba junto al Palacio Real), también para proveerse de funcionarios (VIII); se ocupaba personalmente de sus campañas militares, conviviendo con sus soldados, favoreciendo el esfuerzo y combatiendo la ociosidad, que tenía por infame y deshonorosa (IX); etcétera. Como colofón a su trayectoria dejó el poder no sin antes dejarlo todo atado y bien atado en su imperio y convenientemente aleccionado a su sucesor (X), para bien morir con perdón y caridad hacia todos y enterrado bajo suntuosos epitafios ejemplarizantes (XI y XII).

Por su parte, la descripción que hace de España es otro tópico presente en la historiografía hispana, desde el *Laus Hispaniae* de san Isidoro de Sevilla, hasta las alabanzas que sobre la feracidad y riqueza de España hacen los autores propios y extraños⁶⁰ al inicio de las historias españolas. Es, en definitiva, una geografía humana, más bien una *corografía* al uso, en donde se pasa entusiasta revista a los recursos económico-materiales, la población y sus características más llamativas, e incluso se ensaya una topografía o interpretación de los diferentes nombres de lugares (Kagan 1995). Hasta aquí Luna-Abentarique no aportan nada nuevo salvo —llamativamente— hacer descender a los hispanos no de Túbal, nieto de Noé, sino del mismo hijo del

⁵⁸ Luna II Parte, 28: “Tenía opinión que jamás se halló rey pobre y que el que lo fuese sería de mísero y desventurado, y que los reyes debían de ser largos en dar como lo son en pedir y recibir de sus súbditos, sin los cuales tienen ninguna potestad, imperio ni mando en el mundo más que de un hombre particular”. Así que lo de la limosna iba mucho más allá que el ejercicio de una virtud pues afectaba a toda una concepción de la soberanía monárquica. Ambas cuestiones las ejercitaba, curiosamente, los martes y miércoles de manera fija, cuando no estaba ausente en campaña.

⁵⁹ *Ibidem* 30. Cuantifica su biblioteca, sita en el mismo Palacio Real, en 55.722 volúmenes “de todo género de ciencias y lenguas varias”, y 1.219 quintales de peso en papel (unas cincuenta toneladas si utilizamos el quintal castellano). Tenía incluso catálogo de los mismos (“libro de tablas”), por lo que daba cifras tan exactas. Aquí no podemos evitar la comparanza con la Real Biblioteca del Escorial.

⁶⁰ Entre los extranjeros, aunque naturalizados a la postre, destaca el humanista siciliano Lucio Marineo Sículo (1460-1533) y su *Laudibus Hispaniae*, publicado por primera vez en Burgos en 1496, aunque influyó todavía más su *De Rebus Hispaniae Memorabilia* que salió a la luz en Alcalá en 1530. De la misma manera podemos aludir al lombardo Pedro Mártir de Anglería (1457-1526), que conoció la Guerra de Granada junto al Conde de Tendilla, que vivió en la Alhambra y que fue embajador ante el sultán de Egipto, por seguir las concomitancias con el tema central.

constructor del arca Sem.⁶¹ Después vendría la larga ristra de *naciones* que vendrían a poblar nuestro suelo, entre los que enumera a los griegos, los armenios, los cartagineses, los vándalos, los suevos, romanos, godos, hebreos y árabes, por este orden, y obviando a los fundamentales, a los romanos. Y los árabes, siguiendo la estela de Sem, dividieron España entre los reinos de Toledo (“que por otro nombre se llama Castilla”), Aragón, Murcia, Valencia, Córdoba (“llamado por otro nombre *Vandalucía*”), Baeza, Granada e “Hispania” (Sevilla), amén del indómito núcleo de Asturias. Con todo, también indica que en España se hablaban en aquel siglo octavo varias lenguas, a saber: el árabe, el griego, el hebreo, el gótico y la lengua “romana, demás de otras muchas jerigonzas”; de la misma manera había varias religiones: cristianos, judíos y musulmanes, amén de algunos restos de idólatras latinos y griegos (Luna 63-65). Y, por cierto, Andalucía producía los mejores caballos para la guerra... Al final, todo era de provecho en aquella tierra, los montes, los ríos, los aires, que engendraban abundantes bastimentos, ganado, mercancías, etcétera.

El tercer y cuarto libro de la Segunda Parte versan sobre la “segunda conquista” que el rey de la “Arabia Feliz” Alí Abencirix, biznieto de Walid, hizo de África y España, uniendo su suerte en un mismo imperio mauritano de dos orillas para mucho tiempo. Empezó por la impugnación de los cuatro reinos alauitas de Fez, Marruecos, Ducdu y Zuz, por mano del capitán general Mahometo Abdalaziz. Este eficaz caudillo, vuelto a Arabia para preparar la conquista de España, tuvo que reprimir sin contemplaciones una conjura urdida por el hermano homónimo del califa Abencirix, que huyó a los Montes Tauro haciéndose ermitaño (morabito). Lo curioso del caso es que Abdalaziz se convirtió en cuñado del califa casándose con Lela Marién, con una doña María que se llamaba como la Madre de Jesús que convirtió, entre otros, a la bella Zoraida, mujer del célebre Cautivo de la primera parte del Quijote (Cervantes, capítulos XXXVII y XXXIX-XLII). Más adelante Abdalaziz acometería la conquista de los reinos de Córdoba y Sevilla, concediendo privilegios de hidalguía a su gente de armas victoriosa. Una vez más vemos aquí las reivindicaciones hidalguistas de Luna y las lecciones que aprendió en la guerra de las Alpujarras. Por indisposición de Abdalaziz, su hijo Abraham Abdalaziz tomó el reino de Granada y continuó por los reinos de Baeza, Murcia y Valencia. Por último, los reinos de Toledo y Aragón negociaron diplomáticamente su obediencia al descendiente de los Almanzores. España volvía a estar bajo una misma batuta con África, aunque esta se moviera desde Arabia. Para cerrar el círculo de la conquista definitiva, Abdalaziz se casaría con la infanta cristiana Egilona, hija del rey Rodrigo, permitiéndoselo la proverbial poligamia musulmana. Terminaría con los últimos focos de resistencia en Granada, enviaría alguna expedición de castigo contra el Norte y pondría su capital en Sevilla para dominar mejor ambas orillas del Estrecho. A la muerte del califa Abencirix, le sucedió su hijo homónimo, el cual, aunque había sido jurado por los notables del imperio, cometió tales desatinos (“insultos”) que fue asesinado como tirano por los suyos, poniendo en su lugar a Jacob Ibn Suleimán. Mientras, Abdalaziz, ya coronado rey de España, amén de soldado avezado era ahora monarca ejemplar (libro cuarto). Pero una vez más, una conspiración política de los virreyes moros españoles, terminaron con su vida y sembraron el caos en el reino musulmán de España, ocasión que fue aprovechada por el rey astur-leonés Alfonso III el Magno, que puso su pica en Zamora, y su sucesor

⁶¹ Del que derivarían los *semitas*. Luna: II parte, 60. A este Sem lo arabiza llamándolo Sem Tofail “que era magnánimo y generoso y muy sabio en todo género de letras, porque era grande astrónomo, matemático y filósofo natural y dotado en otras ciencias maravillosamente. Este Sem Tofail descubrió los movimientos de los cielos y otros muchos secretos naturales e hizo la división de los tiempos”. Esto es, todo un astrólogo y cronólogo que dirigiéndose al Occidente, a la Península Ibérica, la dividió entre sus hijos Tarrago, Iber y Sem Tofail II. Por el contrario, el *tubalismo* procedía de la tradición humanística de Annio de Viterbo y se generalizó bastante más en la historiografía propiamente cristiana del Renacimiento y Barroco (Aranda 2014).

Fruela II que se hizo con Setúbal. No sólo decayó al-Ándalus por las disensiones internas: otro tanto sucedía en África y en las Arabias. Y fue el verdadero comienzo de la reconquista cristiana con el nacimiento del poderoso reino de Castilla. Corría ya el siglo X. Es innecesario advertir que cualquier parecido con la realidad y la cabal cronología histórica es pura coincidencia...

Desde luego, en el breve espacio de estas líneas, no hemos podido desentrañar la multitud de detalles que se desprenden de la historia de Luna. Pero hay algo meridiano en ella: no sólo es una reivindicación de los buenos orígenes de la España musulmana sino, verdaderamente, un buen reflejo de las teorías y de los hábitos políticos de la España de Felipe II y Felipe III. Se habla de la Corte, los Reyes, los Consejos, las Cortes, de ministros, gobernadores, capitanes, ejércitos y armadas con sus estrategias de combate, de la correspondencia diplomática, el espionaje, las negociaciones de paz, la delicada moral de los gobernantes, el problema de las regencias, etcétera; al fin y al cabo, acontecimientos del siglo VIII con miradas del XVI. Y no podemos descartar que esta exposición de los acontecimientos de la pérdida de España se ofrezcan como revulsivo a la comprometida situación de la Monarquía Hispánica en el inicio de su parsimoniosa decadencia. Tampoco hay que olvidar la aparente paradoja de que el máximo gobernador musulmán de la toma de España lleve el apodo de “Santiago el Invencible”, por lo que Santiago parece patrón también de al-Ándalus... O como las divisiones internas de la España musulmana dieron al traste con su hegemonía y existencia, aunque Luna aprovecha para dar carta de naturaleza a los diferentes reinos que después formaron parte de la corona española: Sevilla, Córdoba, Valencia, Murcia, Granada, Toledo, etcétera.

Otro pormenor que se suele pasar por alto es que el proyecto de la historia de Luna sobre la España Islámica no se limitaba a su primera conquista, allá por los inicios del siglo VIII; en efecto, en el proemio de su segunda parte prometía una tercera: “... de mi invención sacaré a la luz la tercera, conforme las historias de los árabes, que no te será [lector] de menos gusto; en la cual se tratará toda la recuperación que de él hicieron los nuestros de poder de los moros, hasta la conquista de este reino de Granada en tiempo de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, nuestros señores, de feliz recordación, con la cual quedará acabada la historia de nuestra España”. Promesa no cumplida, no sabemos por qué razón, y si realmente estuvo en su intención y al alcance de su mano: no es lo mismo la historia de unos primeros 25 años que la de los 756 restantes... Y hubiera tenido que tratar la España cristiana de las cinco coronas: Portugal, León, Castilla, Navarra y Aragón, en donde sí hubiera tenido serios competidores entre los historiadores. Lo cierto que la obra de Luna sí tuvo la virtud de excitar la búsqueda y explicación de los hechos que produjeron la conquista islámica, entre los que cabe destacar el famoso *Idacio*.⁶²

Pero Miguel de Luna no obró de la nada sino que, al margen de sus mistificaciones, recobró una amplia tradición castellana, vertida en romances y crónicas, que hablaban de lo *moro* y que desde el siglo XIV hasta la actualidad ha seguido enardecido la imaginación literaria, más que la histórica (Mahmoud). Sin duda, en este

⁶² Sandoval. Fray Prudencio de Sandoval fue obispo de Pamplona y, sobre todo, cronista oficial del Rey, muy conocido por sus biografías de Carlos V y Felipe II (Kagan 2010). En esta ocasión intenta recopilar los orígenes lejanos de la corona de Castilla acudiendo a “papeles antiguos, escrituras auténticas, memorias, diarios, piedras de sepulcros, epitafios, padrones y archivos” (Aprobación de Diego de Medrano S. I.). Se trata de las secas crónicas latinas del obispo Idacio, del obispo de Badajoz Isidoro (escrita 38 años después de la *pérdida*), del obispo de Salamanca Sebastiano (que escribió desde don Pelayo a Ordoño I en 870), del obispo de Astorga Sampiro (Alfonso III hasta Bermudo II en 986) y del obispo de Oviedo Pelagio (desde este último hasta Alfonso VII el Emperador en 1100). Estos cricones merecerían un buen estudio, y, salvando las distancias, compararlos a los falsos que entonces pululaban por España y sembraban de mala fama nuestra historiografía.

escenario se desarrollaron enormemente las novelerías de caballeros (Heusch), y hemos visto como, al fin y al cabo, la historia de Luna era un relato caballeresco, lleno de ambición hazañera, pericia y peripecias en los combates y de nobleza y generosidad en el comportamiento ante el enemigo (Fleckenstein y otros). Y como anuncio de los relatos caballerescos de la Baja Edad Media y la Modernidad, estaban las alabanzas de otros esforzados caballeros defensores de la cristiandad, como el omnipresente Cid, Rodrigo Díaz de Vivar, conquistador del reino de Valencia, o Álvar Fáñez, defensor del reino recuperado de Toledo (Ballesteros). Dejaremos para mejor momento una comparación más detallada de los héroes lunescos con otros caballeros andantes, y cerraremos este trabajo con un parangón cronístico. De hecho, la *Verdadera historia* tenía un imponente antecedente: la *Crónica Sarracina* atribuida a Pedro de Corral, de la que, afortunadamente disponemos de una buena edición. Manuscrita hacia 1425-1430 —posiblemente antes incluso— se pasó a letras de molde en Sevilla en 1499, 1511 y 1526 y 1527, en Valladolid en el mismo año 1527, aunque el mayor impacto lo tuvo la edición de Toledo de 1549.⁶³ Denigrada y alabada a partes iguales, se la considera una de las primeras novelas caballerescas historizantes, en donde abundan elementos mágico-fantásticos: visiones, sueños (Acebrón), profecías, lugares mágicos, que tanto veremos repetirse, por cierto, en el *Quijote*. Pero también consta que Corral consultó documentación y otras crónicas antiguas, como la del famoso Rasis (*vid. supra* nota 19) o la asunción de las *crónicas regias* de Alfonso XI y Pedro I y los Trastámaras, con formato de anales.⁶⁴ En este siglo XV se estaba gestando, no sólo en lo político sino también en lo mental-ideológico el último golpe al Islam español, la impugnación del reino nazarí de Granada y la desaparición de la frontera interior con la morisma; todo un rearme moral al que debía contribuir la literatura y la historia. Así las cosas, que duda cabe que Luna, que no ofrecía a sus lectores referencia alguna de sus fuentes —sospechosamente— bebió de la obra de Corral, en un momento en el que el Islam morisco estaba también en la encrucijada tras la Guerra de las Alpujarras. Ahí está la referencia al rey Acosta en vez de a Witiza y sus hijos antes del regente Rodrigo; o la dedicación de la primera parte a la desventura del usurpador rey godo don Rodrigo y la segunda a la *recuperación* cristiana de don Pelayo, mediando entre ambas partes los complejos movimientos de conquista musulmana. Solo que en Corral prima la distinción entre el *viejo* (Rodrigo) y el *nuevo* (Pelayo) rey cristiano y en Luna cobran un protagonismo sustitutorio los monarcas y guerreros árabes. Inciden en los mismos mitos, como el de la Cava y la traición del Conde don Julián, la torre aherrrojada y el auspicio de la venida de los árabes, la desafección de los judíos y otros. Corral (y Luna), aunque leccionero moralizante, también imprime en su obra una *distancia irónica* casi didáctica que le lleva a encontrar un manuscrito providencial destinado a la admonición de los príncipes y las gentes, lo cual nos vuelve a llevar a Cervantes. Empero, (casi) todas sus fuentes historiográficas han sido elaboradas *ad hoc*, con escaso escrúpulo. Y los hechos más reproducidos y detallados suelen ser los bélicos, de tal manera que podemos también tratarlo de tratadística militar ejemplarizante, amén de que se contemplan las negociaciones diplomáticas como complemento a lo conseguido

⁶³ *La Crónica del Rey don Rodrigo con la destrucción de España y como los moros la ganaron. Contiene demás de la historia muchas vivas razones y avisos muy provechosos*. Toledo: Juan Ferrer, 1549. Hay un ejemplar en la Biblioteca Borbón-Lorenzana de Toledo (SL/1249) del que hemos sacado la ilustración de abajo. La de 1527 salió en Valladolid en las prensas de Nicolás Thierry, y ambas ediciones tipográficamente (letra gótica) son deudoras. Las últimas conocidas son las de Alcalá de 1586 y 1587, ya en letra humanística y cambiado de grabado de portada. Total, 8 ediciones en 88 años.

⁶⁴ Por no excedernos lo comentamos brevemente: estas crónicas se alimentan a su vez de las dos grandes obras históricas medievales como son la *Estoria de España* del rey Alfonso X y su equipo de colaboradores y el *De rebus Hispaniae* del arzobispo toledano Rodrigo Jiménez de Rada, ambas de mediados del siglo XIII.

por las armas. De parecida manera podemos hablar de su *civilidad*, del aspecto profano de la política, por encima del credo religioso; tan solo se le concede cierta credibilidad y protagonismo piadoso a algunos eremitas o *morabitos* (que igualmente recuerdan a los *sabatinos*). Y, por supuesto, de crítica implícita a la situación del momento, a los monarcas, a sus privados, a la corte, al orgullo de los *ricos hombres* o *grandes*, a la rapacidad de los altos eclesiásticos, a los excesivos impuestos, a las luchas fratricidas, al postergamiento de la baja nobleza y de las ciudades, y tantas otras cosas que asolaron la historia castellana del siglo XV. Y que a pesar de que en sus obras prevaleció lo imaginado sobre lo real, tuvieron tal éxito editorial que fueron tomados no sólo por novelas amenas sino por fuentes históricas aun fidedignas por algunos escritores menos avisados.



Acaso podamos acabar nuestro itinerario con unas reflexiones que debemos a uno de nuestros mejores pensadores (Marías 87-95). Cada pueblo, país, nación necesita sus proyectos colectivos, sus mitos conformadores, sean éstos fieles o no a la realidad

histórica —si alguien es capaz de concebirla en su conjunto—. La inesperada irrupción musulmana del 711 supuso toda una conmoción, que sumió en ofuscación a la España de entonces. Por eso faltaron los testimonios, históricos o literarios, que contaran tan desconcertantes sucesos, y que dieron pie a recreaciones muy posteriores, como hemos visto. Contaran los detalles que contaran (reales, fingidos), una cosa era cierta: que había que recuperar una *España perdida*, lo cual se convirtió en una efectiva empresa social, la de ganar un futuro que pasaba por reiniciar el pasado tras un accidente de la Historia; pero ese pasado, con la parsimonia de los siglos, había sido notablemente mixtificado. El designio de la *reconquista* se inició, y terminó siendo inexorable y definitivo para una España que se convirtió en imperial en la época moderna, pues traspasó sus primitivos términos. Sin embargo, esa *no España*, la de los musulmanes y después la de los moriscos, se resistió a morir del todo. Algo similar ocurriría con la otra nación, pueblo o linaje paralelos de los judíos y después de los conversos (Amran). Fue una pelea cruenta que se libró no sólo en los campos y en los mares sino en la lisa superficie de los pergaminos y los papeles; allí donde las victorias y las derrotas se nos antojan poco rotundas y hasta mentirosas.

Obras citadas

- Acebrón Ruiz, Julián. *Sueño y ensueños en la literatura castellana medieval y del siglo XVI*. Cáceres: Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, 2004.
- Aldrete, Bernardo de. Lidio Nieto Jiménez ed. *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que hoy se usa en España (1606)*. Madrid: Visor, 1992. [Facsimil: Valladolid: Maxtor, 2002].
- Almagro Gorbea, Martín, Barranco Ribot, José María, Gorbea, Markel. *Excavaciones en el Claustro de la Catedral de Toledo*. Madrid: RAH-Bibliotheca Archaeologica Hispana, 2011.
- Amran, Rica. "La nación conversa según Lope Barrientos y la proyección de sus ideas en el siglo XV". José Ignacio Ruiz Rodríguez e Igor Sosa Mayor dirs. *Construyendo identidades. Del protonacionalismo a la nación*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2013: 225-242.
- Antonio, Nicolás. Gregorio Mayans i Siscar ed. *Censura de historias fabulosas*. Valencia: Antonio Bordazar de Artazu, MDCCXLII (1742). [Facsimil: Madrid: Visor, 1991].
- Aranda Pérez, Francisco José. "Nobles varones que gobernáis a Toledo. Guía prosopográfica de los componentes del poder municipal de Toledo durante la Edad Moderna (Corregidores, Dignidades y Regidores)". Francisco José Aranda Pérez coord. *Poderes intermedios, poderes interpuestos. Sociedad y oligarquías en la España moderna*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999: 227-309.
- Aranda Pérez, Francisco José. "Autobiografías ciudadanas. Historias, mitomanía y falsificación en el mundo urbano hispánico de la Edad Moderna". Ernesto García Fernández ed. *El Poder en Europa y América: mitos, tópicos y realidades*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2001: 141-168.
- . *La construcción de un mito urbano: Toledo en la época del Quijote*. Toledo: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2006.
- . "De las falsas historias a las historias verdaderas. Transformaciones y tránsitos en las historiografías urbanícolas españolas (siglos XVII y XVIII)". Juan Jesús Bravo Caro, Siro Villas Tinoco eds. *Tradición versus innovación en la España Moderna. IXª Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*. Málaga: Universidad de Málaga/Fundación Española de Historia Moderna, 2009, I: 201-218.
- . "Símbolos de autoridad y poder ciudadanos en el mundo hispánico moderno: la confrontación historiográfica toledano-hispalense". *Revista de Historiografía: Instituto Julio Caro Baroja-Universidad Carlos III de Madrid* 16, 1 (2012): 164-178.
- . "De invenciones, controversias y polémicas historiográficas y políticas en la Monarquía Hispánica en tiempos de Quevedo (y un siglo después)". *La Perinola. Revista de Investigación Quevediana* 18 (2014): 15-61.
- . *Toledo circa 1605. La historia-descripción cristianopolitana de Francisco de Pisa*. Toledo-Cuenca: Bibliotheca Argentea (Ediciones de la UCLM), 2015 (en prensa).
- , & Martín López, David. *La Toledo que alentó al Greco. Paseos por la ciudad que confortó a un artista sorprendente*. Toledo: Antonio Pareja Editor/Ayuntamiento de Toledo, 2015.
- Ballesteros San-José, Plácido. *Alvar Fáñez. Trayectoria histórica del defensor del Reino de Toledo (1085-1114)*. Guadalajara: Intermedio Ediciones, 2014.

- Barrios Aguilera, Manuel, García-Arenal, Mercedes eds. *Los Plomos del Sacromonte. Invención y tesoro*. Valencia-Granada: SPUV, 2006.
- Bernabé Pons, Luis Fernando. *El texto morisco del Evangelio de San Bernabé*. Granada: Universidad de Granada/Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1998.
- . “Los mecanismos de una resistencia: los libros plúmbeos del Sacromonte y el Evangelio de Bernabé”. *Al-Qant.ara: Revista de Estudios Árabes* 23, 2 (2002): 477-498. [Reeditado en Manuel Barrios Aguilera, Mercedes García-Arenal coords. *Los plomos del Sacromonte: invención y tesoro*. Granada: Universidad de Granada, 2006: 385-402].
- . “Miguel de Luna, pasado de Granada, presente morisco”. *Studi Ispanici* 32 (2007): 57-71.
- . “‘Por una lengua se conoce la nación’. Los moriscos y sus idiomas”. *Alborayque: Revista de la Biblioteca de Extremadura* 3 (2009): 107-125.
- . “Los manuscritos aljamiados como textos islámicos”. Alfredo Mateos Paramio coord. *Memoria de los Moriscos. Escritos y relatos de una diáspora cultural*. Toledo: Laboratorio F. Márquez Villanueva, 2010: 27-44.
- . y Rubiera Mata, María Jesús. “La lengua de mudéjares y moriscos: estado de la cuestión”. *VII Simposio Internacional de Mudejarismo: Teruel, 19-21 de septiembre de 1996: actas*. Teruel: 1999: 599-632.
- Bouza Álvarez, Fernando. “Dásele licencia y privilegio”. *Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro*. Madrid: Akal, 2012.
- Bratuti, Vicencio. *Espejo político y moral para príncipes y ministros y todo género de personas, compuesto por Berheménio Bidpay, traducido de la lengua turca en la castellana por...* Madrid: Domingo García y Morrás, 1654.
- Bunes Ibarra, Miguel Ángel de. *Los moriscos en el pensamiento histórico. Historiografía de una minoría marginada*. Madrid: Cátedra, 1983.
- . *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*. Madrid: CSIC, 1989.
- Cabanelas Rodríguez, Darío. Juan Martínez Ruiz, est. *El morisco granadino Alonso del Castillo*. Granada: Patronato de la Alhambra y Generalife, 1965. Reedición 1991.
- Cáceres Würsig, Ingrid. “La mediación entre Oriente y Occidente a través de los intérpretes españoles en Constantinopla”. José Ignacio Ruiz Rodríguez e Igor Sosa Mayor dirs. *Construyendo identidades. Del protonacionalismo a la nación*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2013: 275-290.
- Caro Baroja, Julio. *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1991.
- Carrasco, Rafael. *Deportados en nombre de Dios. La expulsión de los moriscos: cuarto centenario de una ignominia*. Madrid: Destino, 2009.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad. “Apuntes sobre el mito de los Abencerrajes y sus versiones literarias”. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos* 47 (1998): 65-88.
- . *Los moriscos y Ginés Pérez de Hita*. Barcelona: Bellaterra, 2006.
- . “Don Álvaro Tarfe (“Quijote” II, cap. 73), morisco ahidalgado”. *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America* 27, 2 (2007): 43-57.
- . “Los escritores de la Granada renacentista ante su pasado nazarí: mitificación y olvido.” *Studi Ispanici* 32 (2007): 37-56.
- Cervantes, Miguel de. Francisco Rico dir. *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores/Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Edición del Instituto Cervantes 1605-2005, 2004. (I: Obra; II: Volumen complementario).

- Conde, José Antonio. *Historia de la dominación de los árabes en España sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*. Biblioteca de Historiadores Españoles. Madrid: Marín y Compañía, 1874. [Facsímil: Valladolid: Maxtor, 2001].
- Corral, Pedro del. James Donald Fogelquist ed. *Crónica del rey don Rodrigo, postrimero rey de los godos (Crónica sarracina)*. Madrid: Castalia, 2001.
- Delgado Valero, Clara. *Toledo islámico: ciudad, arte e historia*. Toledo: Editorial Zocodover, 1987.
- Delpesch, François. “El hallazgo del escrito oculto en la literatura del Siglo de Oro: elementos para una mitología del libro”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 53 (1998): 5-38.
- Domínguez Ortiz, Antonio, Vincent, Bernard. *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*. Madrid: Alianza, 1993.
- Dozy, Reinhart Pieter. *Historia de los musulmanes de España*. Madrid: Turner, 1988. [original: *Histoire des Mussulmans d’Espagne jusqu’à la conquête de l’Andalousie par les Almoravides, 711-1100*, Leiden 1861].
- Fernández de Avellaneda, Alonso. Fernando García Salinero ed. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*. Madrid: Castalia, 1980.
- Fleckenstein, Josef, Zotz, Thomas, Rodríguez Velasco, Jesús D. *La caballería y el mundo caballeresco*. Madrid: Siglo XXI, 2006.
- Floristán, José M. “Francisco de Gurmendi, intérprete de árabe, turco y persa en la Corte de Felipe III”. *Boletín de la Real Academia de la Historia* 211, 2 (2014): 357-375.
- Galende Díaz, Juan Carlos. *Criptografía: historia de la escritura cifrada*. Madrid: Editorial Complutense, 1995.
- Garcés, María Antonia. *Cervantes en Argel. Historia de un cautivo*. Madrid: Gredos, 2005.
- García-Arenal, Mercedes. “El entorno de los Plomos: historiografía y linaje”. *Al-Qant.ara: Revista de Estudios Árabes* 24 (2003): 295-326.
- . “De la autoría morisca a la antigüedad sagrada de Granada rescatada al Islam”. Manuel Barrios Aguilera y Mercedes García-Arenal eds. *Los plomos del Sacromonte: invención y tesoro*. Granada-Valencia: Legado Andalusi, 2006: 557-582.
- . “Miguel de Luna y los moriscos de Toledo. ‘No hay en España mejor moro’”. *Chronica nova: Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada* 36 (2010): 253-262.
- García-Arenal, Mercedes, & Fernando Rodríguez Mediano. “Médico, traductor, inventor. Miguel de Luna, cristiano árabe de Granada”. *Chronica Nova: Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada* 32 (2006): 187-231.
- . “Miguel de Luna, cristiano árabe de Granada”. Manuel Barrios Aguilera, Mercedes García-Arenal eds. *¿La historia inventada? Los Libros Plúmbeos y el legado sacromontano*. Granada: Legado Andalusi, 2008: 83-136.
- . “Jerónimo Román de la Higuera and the Lead Books of Sacromonte”. Kevin Ingram ed. *The Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and beyond*. Leiden: J. E. Brill, 2009: 243-268.
- . “Los libros de los moriscos y los eruditos Orientales”. *Al-Qant.ara: Revista de Estudios Árabes* 31.2 (2010): 611-646.
- . *Un oriente español. Los moriscos y el Sacromonte en tiempos de Contrarreforma*. Madrid: Marcial Pons, 2010.
- García Cárcel, Ricardo. *La Leyenda Negra. Historia y Opinión*. Madrid: Anaya, 2008³.

- . *La herencia del pasado: las memorias históricas de España*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2011.
- Gil, Juan. “Judíos y Conversos en los Falsos Cronicones”. Annie Molinié, Jean-Paul Duviols dirs. *Inquisition d’Espagne*. Paris: UPS, 2003: 21-43.
- Gil Pujol, Xavier. “Las lenguas en la España de los siglos XVI y XVII: imperio, algarabía y lengua común”. Francisco Chacón Jiménez, Silvia Evangelisti eds. *Comunidad e identidad en el mundo ibérico. One-day Symposium in Honour of Jim Casey*. Valencia: Universidad de Valencia, Granada y Murcia, 2013: 81-119.
- Godoy Alcántara, José. *Historia crítica de los Falsos Cronicones (1868)*. Ofelia Rey Castela, est. Granada: Universidad de Granada-Archivum, 1999.
- González Palencia, Ángel. *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*. Madrid: Instituto Valencia de Don Juan, 1926-1930.
- Gonzálvez Ruiz, Ramón. *Hombres y libros de Toledo. 1085-1300*. Madrid: Fundación Ramón Areces, 1997.
- Goytisolo, Juan. *Reivindicación del Conde don Julián*. Madrid: Alianza, 1999.
- . Linda Gould Nevile ed. *Don Julián*. Madrid: Cátedra, 2004.
- Guevara, Fray Antonio de. Emilio Blanco ed. *Relox de príncipes*. Madrid: ABL-CONFRES, 1994.
- Gurmendi, Francisco de. *Doctrina física y moral de príncipes... Traducido de árabe en castellano...* Madrid: Andrés de Parra y Gaspar García, 1615.
- Hernández Juberías, Julia. *La Península Imaginaria. Mitos y leyendas sobre al-Ándalus*. Madrid: CSIC, 1996.
- Heusch, Carlos. *La caballería castellana en la Baja Edad Media. Textos y contextos*. Montpellier: ETILAL Espagne Médiévale et Moderne, 2000.
- Jiménez Monteserín, Miguel. *Vere pater pauperum. El culto de San Julián de Cuenca*. Cuenca: Diputación Provincial, 1999.
- Kagan, Richard Lawrence. “La corografía en la Castilla moderna. Género, historia, nación”. *Studia Historica. Historia Moderna* 13 (1995): 47-59.
- . *Los sueños de Lucrecia. Política y profecía en la España del siglo XVI*. Madrid: Nerea, 2005².
- . *Los Cronistas y la Corona. La Política de la Historia en España en las Edades Media y Moderna*. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica y Marcial Pons, 2010.
- Lafuente y Alcántara, Emilio tr. *Ajbar Machmuâ. (Colección de tradiciones). Crónica anónima del siglo XI, dada a luz por primera vez*. Madrid: Imprenta y Estereotipio de M. Rivadeneyra, 1867. [Facsimil: Madrid: Atlas, 1984].
- Luna, Miguel de. Luis Fernando Bernabé Pons, est. *Historia verdadera del rey don Rodrigo (1592)*. Granada: Universidad de Granada-Archivum, 1998.
- . *La verdadera historia del rey don Rodrigo en la cual se trata la causa principal de la pérdida de España y la conquista que de ella hizo Miramamolín Almanzor, rey que fue de África y de las Arabias, y vida del rey Jacob Almanzor, compuesta por el sabio alcaide Abulcazin Tarif Abentarique, de nación árabe y natural de la Arabia Pétreá*. Valencia: En casa de Pedro Patricio Mey, MDCVI (1606). [Facsimil: Valladolid: Maxtor, 2003].
- Magán García, Juan Manuel, Sánchez González, Ramón. *Moriscos granadinos en La Sagra de Toledo, 1570-1610*. Toledo: Caja de Castilla-La Mancha, 1993.
- Mahmoud Aly Meky, Miriam. *El Conde don Julián: evolución de un mito*. Madrid: Universidad Complutense, Servicio de Publicaciones, 2006.
- Makki, Mahmud Ali. “Los Banu Burunyal, una familia de intelectuales denienses”. *Sharq al-Andalus* 10-11 (1993-1994): 527-534.

- Mancing, Howard. "Cervantes as narrator of *Don Quijote*". *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 23, 1, (2003): 117-140.
- Marías, Julián. *España inteligible. Razón histórica de las Españas*. Madrid: Alianza, 1985.
- Marín Pina, Mari Carmen. "Motivos y tópicos caballerescos". *Cervantes* 2004, II: 896-938.
- Martín López, David. *Orígenes y evolución de la Universidad de Toledo (1485-1625)*. Toledo: Ediciones Parlamentarias de Castilla-La Mancha, 2014.
- Martínez de la Escalera, José. "Jerónimo Román de la Higuera S. I.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso", *Tolède et la expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*. Madrid: Casa de Velázquez, 1992: 69-97.
- Márquez Villanueva, Francisco. "Erasmo y Cervantes, una vez más". *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 4, 2 (1984): 123-137.
- . *El problema morisco (desde otras laderas)*. Madrid: Ediciones Libertarias, 1991.
- . *Santiago, trayectoria de un mito*. Barcelona: Bellaterra, 2004.
- Medina, Francisco de Borja. "La Compañía de Jesús y la minoría morisca". *Archivum Historicum Societatis Iesu* 57 (1988): 2-136.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid: CSIC, 2001 (3 vols.).
- Morales, Ambrosio. *La Crónica General de España*. Alcalá de Henares: Juan Íñiguez de Lequerica, 1574-1586.
- Moreno Díaz del Campo, Francisco Javier. *Los moriscos de la Mancha. Sociedad, economía y modos de vida de una minoría en la Castilla moderna*. Madrid: CSIC, 2009.
- Passini, Jean. *Casas y casas principales urbanas: el espacio doméstico de Toledo a fines de la Edad Media*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2004.
- Pellicer y Saforcada, Juan Antonio. *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles donde se da noticia de las traducciones que hay en Castellano de la Sagrada Escritura*. Madrid: Don Antonio de Sancha, 1778.
- Pisa, Francisco de. *Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo e historia de sus antigüedades y grandeza y cosas memorables que en ella han acontecido, de los reyes que la han señoreado y gobernado en sucesión de tiempos y de los arzobispos de Toledo, principalmente de los más celebrados. Primera parte...* Toledo: Por Pedro Rodríguez, 1605. [Facsimil: Toledo: Diputación Provincial, 1974].
- Pons Boigues, Francisco. *Ensayo bio-bibliográfico sobre historiadores y geógrafos árabe-españoles*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de San Francisco de Sales, 1898. [Facsimil: Madrid: Biblioteca Nacional-Ollero & Ramos, 1993].
- Rasis. Diego Catalán y María Soledad de Andrés eds. *Crónica del moro Rasis*. Madrid: Gredos, 1975.
- Rey Castelao, Ofelia. *Los mitos del apóstol Santiago*. Santiago de Compostela: Nigratrea & Consorcio da Cidade de Santiago, 2006.
- Rodríguez Mediano, Fernando. "Fragmentos de orientalismo español del S. XVII". *Hispania: Revista Española de Historia* 66, 222 (2006): 243-276.
- . "Las traducciones de la *Historia Verdadera* de Miguel de Luna". Mercedes García Arenal. *En torno al Carrascón de Texeda*. Madrid: CSIC, 2015. (En prensa).
- Rojas, Pedro de, Conde de Mora. *Historia de la nobilísima, ínclita y esclarecida ciudad de Toledo, cabeza de su felicísimo reino...* Madrid: Diego Díaz de la Carrera 1654 [Facsimil: Toledo: Editorial Zocodover, 1984]

- Sandoval, fray Prudencio de. *Historias de Idacio, obispo, que escribió poco antes que España se perdiese...* Pamplona: Nicolás de Asiaín, 1615.
- Salazar, Fray Juan de. Miguel Herrero García, est. *Política española (1619)*. Madrid: CEPC, 1997.
- Santos Vaquero, Ángel. *La industria textil sedera de Toledo*. Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2010.
- Serrano Martín, Eliseo. *El Pilar, la historia y la tradición. La obra erudita de Luis Díez de Aux (1562-ca. 1630)*. Zaragoza: Mira Editores, 2014.
- Soria Mesa, Enrique. “De la conquista a la asimilación. La integración de la aristocracia nazarí a la oligarquía granadina. Siglos XV-XVII”. *Áreas* 14 (1996): 51-64.
- Tuy, Lucas, obispo de. Julio Puyol ed. *Crónica de España*. Madrid: Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1926. [Facsimil: Valladolid: Maxtor, 2007].
- Vincent, Bernard. “Reflexión documentada sobre el uso del árabe y de las lenguas románicas en la España de los moriscos (ss. XVI-XVII)”. *Sharq al-Andalus. Estudios Mudéjares y Moriscos (Homenaje a María Jesús Rubiera Mata)* 10-11 (1993-1994): 731-748.
- Viñas Mey, Carmelo, Paz, Ramón. *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España hechas por iniciativa de Felipe II. Reino de Toledo (Tercera Parte)*. Madrid: CSIC, 1963.